

SANTO TOMÁS DE AQUINO.

LA CASTIDAD Y EL SACRIFICIO.

DISCURSO

PRONUNCIADO

EN LA JUVENTUD CATÓLICA DE MADRID

EL 7 DE MARZO DE 1883

POR

EL R. P. RAMÓN MARTÍNEZ VIGIL

de la Orden de Predicadores.

SEÑORES:

Hay una ciencia llena de orgullo que corrompe el corazón haciéndole asiento de pasiones inmundas; y se arrastra vergonzosamente por el polvo al tiempo mismo que pretende esconder en el cielo su frente erguida. Es la ciencia maldita que brota del abismo, calificada por el apóstol Santiago como terrena, animal, diabólica; ciencia vil y abyecta, nacida en la región del mal, que consagra el desorden, y enseña la licencia y el crimen; ciencia sin Dios, sin alma, sin ley, sin unidad, sin principios, que se goza en mentir contra la verdad pura, cuya luz resplandeciente pone de manifiesto sus torpezas. Siempre inconstante como el soplo de la brisa y como la ola que se levanta en medio del Océano, sube y baja, nace y muere, y se transforma á cada instante sin que pueda ella misma definirse. Es la estatua animada de la fábula, que dudando de sí misma, repite incesantemente: «Soy yo, no soy yo.»

Mas hay otra ciencia noble, casta, pacífica y fecunda en

buenos frutos: ciencia sublime que descende del cielo y brilla en todas partes con torrentes de luz; que llena el corazón de sentimientos puros, y levanta el espíritu hasta el seno de Dios, postrándose humillada en su presencia: ciencia que comunica al hombre la suprema felicidad, y le eleva al más alto grado de perfección, que le es posible obtener en esta vida mortal. No dejándose encerrar en el estrecho círculo de viles apetitos, ni conociendo miras de mezquino interés, camina con pasos siempre nobles y se traslada más allá de las cosas que circunscriben el tiempo y el espacio. Como hija de Dios nace á su lado, á su lado crece y en su presencia se sazonan los frutos de bendición que produce. Esta es, señores, la ciencia de los grandes genios y la ciencia de los grandes hombres.

Y ahora permitidme que os pregunte: ¿Es esta también vuestra ciencia? Creo que la solemnidad de este día, solemnidad que viene repitiéndose en la ya larga existencia de la Juventud Católica, me permite dar una respuesta que sea para vuestro honor. Pero advertid, que esta ciencia es á manera de una escala misteriosa, que descansa en la tierra y llega hasta el trono de Dios; escala de gradas infinitas, en la cual, subiendo siempre, siempre resta un paso más; escala, en fin, de pendiente peligrosa, en la cual se halla el hombre expuesto á una caída mortal. Aquí es donde la humana debilidad necesita muy especialmente de un apoyo y de una mano que la guíe. Vosotros teneis ese apoyo y esa mano, y habréis tal vez pronunciado ántes que yo, el nombre del gran Doctor de Aquino.

Hace tres años, señores, que con ocasión de la encíclica *Æterni Patris*, os hablé de su ciencia incomparable; hoy, despues que el Santo Doctor ha sido preconizado Patrono universal de todas las Academias católicas, permitidme que os evoque un triunfo, que le colma de venturosa gloria, que explica aquel patronato y que es á la vez lección sublime de continencia y de pureza, dada á todos los hombres. Porque vosotros, señores, no os habeis reunido aquí para dirigir una mirada pasajera á la ciencia y á la virtud de Santo Tomás, y decirle: «eso es muy grande.» Vuestra piedad afectuosa os obliga á hacer más. Habeis venido á postraros ante sus aras y le habeis dicho: «Vues-

tros somos, Tomás; bajo vuestra bandera militamos; sostenednos porque somos frágiles; guiadnos, porque somos ciegos.»

Estos sentimientos os honran. ¿Quereis que sean fecundos en obras grandiosas? ¿Quereis que vuestra ciencia se perfeccione, y vaya en aumento progresivo, mereciendo del cielo especiales luces que la ilustren? Sed castos como Tomás. ¿Quereis preservaros de una caída funesta, que puede ser vuestra perdición para siempre? Abrazad como Tomás el sacrificio, cuando lo exija el deber. Tal es la senda, caminad por ella; y no os apartéis ni á la diestra ni á la siniestra.

Bien conozco, señores, que no soy yo el que debe enseñaros á muchos de vosotros; pero ya que me habeis otorgado el inmerecido honor de que os dirija la palabra, no por lo que yo valgo, sino por lo que represento, continuad siendo conmigo tan benévolo como siempre.

I.

Se ha dicho, y con razón, que la castidad es compañera inseparable de la ciencia. Yo me creo autorizado para avanzar un paso más; para afirmar, que es su condición primera, y de necesidad imprescindible á su existencia; así como la impureza es el primer fruto de la ciencia del mal. Recordad al intento un drama tristemente célebre en los destinos de la humanidad: la caída de los primeros padres. No ignorais, que Dios habia puesto un árbol en medio del Paraíso, al cual llamó con nombre misterioso: árbol de la ciencia del bien y del mal; prohibiendo al mismo tiempo al hombre el comer de sus frutos bajo la pena irremisible de una muerte segura. *No comas*, le dijo, *del árbol de la ciencia del bien y del mal, porque en cualquier dia que de él comieres, infaliblemente morirás.* Empero el infierno habia ya maquinado la perdición de la feliz criatura, que dulcemente disfrutaba de las delicias del edén. La serpiente era el más astuto animal de cuantos habia hecho sobre la tierra el Señor Dios. Por medio de ella habla á la mujer el padre de la mentira; inocular en su alma el veneno mortal: anubla su inteligencia, le infunde una duda cri-

minal, y consigue que coma del fruto vedado, con la orgullosa esperanza de ser semejante á Dios. Despues de esto, la mujer hace comer al hombre, y el crimen quedó consumado.

Escribióse entónces en los anales de la creación una página de ignominia: la humanidad quedó sellada con el sello de la degradación, y Dios efectuó el castigo más trascendental y más terrible de cuantos vienen afligiendo á nuestro pobre linaje. Privóse al hombre de cuanto le hacía noble y grande; dejó de brillar el esplendor de la gracia en su frente ya abatida; cayóse de sus hombros inclinados por la culpa la toga de la inocencia; asaltóle el espíritu inmundo, y conoció su desnudez y avergonzóse. Y ved aquí, señores, á la impureza que se apodera del hombre desde el momento mismo en que faltó á su deber, queriendo ser sábio con otra ciencia que la ciencia de Dios.

Adán en el estado de la inocencia, poseía una ciencia pura y santa, una ciencia universal y divina; porque del cielo bajaban á ilustrar su inteligencia raudales de indeficiente luz. Entonces era tambien puro y casto, como lo advierte la Escritura: *Estaban ámbos desnudos, y no se avergonzaban*. Mas desde el instante en que admitió en su corazón la culpa; desde que un secreto orgullo hizo sombra á su espíritu, y le indujo á buscar fuera de Dios una ciencia, que es la ciencia del mal y de las pasiones, se vió asaltado de vergonzosos apetitos, la lujuria se posesionó de aquel cuerpo miserable, y se *abrieron los ojos de entrambos*. Porque la impureza, señores, es el castigo del orgullo, y el resultado inmediato de la ciencia que tuerce sus caminos; que quiere emanciparse de la sujeción debida á su Creador; y esta ciencia á su vez nace de la impureza, como sér inmundo que se forma en medio de la corrupción.

Sí, señores; la lujuria es la muerte de la verdadera ciencia; la hiere en lo más delicado de su sér, y hace desaparecer una vida, que no existe sino donde callan las pasiones. Nada hay que así llene el entendimiento de tinieblas, y que así trastorne la razón, hasta obligar al hombre, más racional y más sensato, á cambiar enteramente de ideas, de máximas,

de principios; porque extragado el corazón y hecho esclavo de esta pasión vergonzosa, fácilmente se apodera de la inteligencia el error.

Abrid si no vuestros ojos y mirad á Salomón, ese portentoso de sabiduría, cuya memoria recuerdan con asombro todas las generaciones; cuya lengua, movida por el Espíritu Santo, pronunció tantas veces las maravillas de Dios. Decidme: ¿quién le hizo llegar á tal extremo de insensatez, que doblase su rodilla ante Astar y Moloc y edificase suntuosos templos á mil infames ídolos? ¡Y esto, cuando su frente cargada de surcos y de años le inclinaba al sepulcro! ¿Quién eclipsó ese hermoso lucero, que tan brillante se ostentaba en presencia del mundo? ¡Ah! Escuchad dos palabras del texto sagrado: *Siendo ya anciano, fué depravado su corazón por causa de las mujeres.*

La impureza pervirtió su corazón y trastornó su cerebro hasta el delirio. La impureza hizo desaparecer la ciencia del grande hombre, como desaparecen las hojas agostadas de los árboles azotados por el huracán. La lujuria eclipsó todas sus glorias, y llenó de oscuras sombras aquella inteligencia privilegiada, sin que sepamos siquiera, si se ha despejado un momento antes de bajar á la tumba.

¡Qué lección esta tan imponente para todos los sábios! ¿Cuándo acabará el mundo de persuadirse de que la ciencia no puede tener asiento sino en un alma pura? ¿Que la lujuria pervierte el corazón, y oscurece y trastorna el entendimiento? ¿Que para ser sábio es preciso ser casto? ¿Que en el hombre impuro no puede haber otra ciencia, que la ciencia terrena y animal, que se revuelca en el cieno del placer?

Lo diré, á despecho de ciertas gentes. Cuando el hombre se convierte á la carne, corta el vuelo de su inteligencia, reduciéndola al estrecho círculo de las pasiones que pretende saciar; y la luz, que ilumina á todo hombre, se extingue en el fondo de su espíritu, como el brillo de la margarita que se oculta entre el estiércol. Desde este instante ya no sabe fijar su pensamiento sino en lo que le halaga, y en lo que puede acarrearle un momento más de goce impuro. Las ideas elevadas, los sentimientos sublimes y nobles, le son desconocidos;

para él no hay más que una palabra que signifique: esa palabra es el placer. La virtud, el valor, el desinterés, el sacrificio, no pasan de sonidos que hieren el sentido. Gozar á satisfacción de los deleites es todo el objeto de sus ánsias; y para esto no faltan viles amaños, mentidas promesas, adulaciones, falsedades, calumnias, humillaciones degradantes, y cuanto puede dictar la pasión ciega y sin freno.

Esta es la ciencia que cabe en una alma impura, y así discurre el hombre de las pasiones; y si os parece que exagero, os invito desde luego á que os cercioreis por vosotros mismos, mediante un estudio más atento, de la sociedad en que vivimos.

Volved ahora vuestros ojos á Santo Tomás de Aquino, y en su ejemplo hallaréis una prueba más de mi doctrina. Veréis cómo su ciencia crece á la benéfica sombra de su angelical pureza; sin que sea necesario que yo me detenga en presentaros los magníficos rasgos de esa virtud divina que en su vida resplandecen. Vosotros los conoceis; la historia contiene una página que los recuerda para ejemplo y admiración del mundo; y la Iglesia católica consagra un día del año á enaltecer el honor de la castidad del Angel de las Escuelas, poniéndole por tipo á la juventud estudiosa. Por esa senda se camina á la alta cima de la ciencia de Dios, porque escrito está. *En un alma manchada no entrará la sabiduría; ni habitará jamás en el cuerpo que está sujeto al pecado.* Tal es la solución del primer problema.

II.

¿Cómo preservarnos de esas funestas caídas que pueden ser nuestra perdición para siempre? Abrazando como Tomás el sacrificio, cuando lo exija el deber.

El hombre tiene un deber, y ese deber reclama un sacrificio. El deber es eterno, es inmutable; y el sacrificio ha de ser también continuo. La vida del hombre sobre la tierra es una contienda sin fin, dice el Espíritu Santo por boca del paciente Job. Siempre hay un deber, y siempre ha de haber un sacri-

ficio que le corresponda, si no quiere el hombre que se diga de él: «has prevaricado.»

Una voz ha salido del abismo y ha dicho: «el hombre es libre, no tiene ley.» Señores: ¿dais crédito á esa voz? ¿No abominais esa palabra sacrilega? ¿Somos por ventura como el caballo y el mulo que no tienen entendimiento? No por cierto: tenemos una ley, y esa ley marca nuestro deber. Somos soldados destinados á la defensa de esa ley y al cumplimiento de ese deber en presencia del mundo. En esa lucha nos ha empeñado la culpa; y Dios mismo se complace á las veces en deparrarnos lances que prueben nuestro valor, para ceñir de lauro inmarcescible la frente de los vencedores.

Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu entendimiento; amarás á tu prójimo como á tí mismo. Ved aquí, señores, el gran deber del hombre que resume todos los deberes. Amarás al Señor tu Dios, observando con exactitud todo lo que prescribe su ley santa, cumpliendo religiosamente tus obligaciones como hombre, como cristiano, y según el puesto que te quepa en orden á la sociedad y á la familia. Amarás á tu prójimo, honrándole, favoreciéndole, y mirando su mal como si fuera tu mal propio. Para esto son necesarios sacrificios; porque el demonio, el mundo y las pasiones, hanse constituido enemigos de nuestra alma, para perderla por el olvido del deber.

¿Quién no ha oido hablar de aquel estímulo de la carne, ángel de Satanás, que azotaba al Apóstol? Encuentro en mis miembros, decia San Pablo, una ley enteramente contraria á la ley de mi espíritu, que me arrastra como esclavo al pecado. Y ya antes se habia escrito: *que el sentido y el pensamiento del humano corazón están inclinados al mal desde su infancia.*

Con este corazón tenemos que luchar desde que nuestros ojos se abren al conocimiento, hasta que se cierran para ir al sepulcro. Y nuestra posición se agrava con los encantos de un mundo seductor, que nos hechiza y arrastra en pos de sí; y por los lazos que el infierno nos tiende en su ódio de muerte hácia nosotros.

Lo veis, todo conspira contra el deber: todo tiende á impedirnos la consumación del sacrificio, al cual hemos dado principio, cuando al correr por nuestra frente el agua sagrada del Bautismo, renunciamos á Satanás, á todas sus obras y á todas sus pompas. Entónces hicimos una solemne promesa ante el cielo y la tierra, de dar, si fuese necesario, la última gota de nuestra sangre, antes de faltar al deber consignado en estas palabras: «Amarás á tu Dios.»

Ninguno que aplica su mano al arado y despues la retira, es apto para el reino de los cielos. El perezoso duerme y muere: el que se muestra cobarde cubre su frente de ignominia. Señores, no seamos perezosos ni cobardes: hemos puesto nuestra mano al arado, no volvamos atrás. No se diga jamás de la Juventud Católica, que ha empezado una obra que no ha podido concluir; que la ha abandonado por cobardía ó falta de valor para abrazar el sacrificio. El mundo os dá el ejemplo. «Españoles, la patria está en peligro,» dirá mañana un general á nuestras tropas; y esas palabras harán brotar el sacrificio del fondo de su alma, y los veréis arrojar se con denuedo en medio de las armas enemigas, y morir tal vez envueltos en su propia sangre, pero cubiertos de honor, porque han consumado un sacrificio.

«Cumple con tu deber,» le dice al hombre su conciencia; y á esa voz deben conmoverse su corazón y su alma, y debe su lengua responder con valor. Lo comprendo: se me pide un sacrificio y yo lo llevaré á cabo. Acometeré á mis enemigos; los perseguiré hasta que los aprisione; no los dejaré hasta que los aniquile; moriré antes que jamás tenga nadie derecho á decirme: «has sido cobarde, has prevaricado.»

¡Ay del hombre, que no abunda en estos sentimientos, y que escucha con indiferencia la voz de su conciencia que le llama al deber! Creedme; su ruina es inevitable. Y si por su virtud, ó su valor, ó su ciencia se había conquistado un nombre grande, esto mismo contribuirá á precipitar su caída; porque la demasiada confianza le hará despreciar el peligro, y no advertir su posición hasta que se halle al borde del precipicio. Entónces se ciega y se derrumba, y puede llamarse feliz,

si arranca de su corazón una lágrima para lavar su iniquidad.

Pero advertid, que el hombre de la ciencia se halla en mayor peligro, y se le exige un sacrificio especial y más costoso, porque tiene sobre los otros un enemigo más terrible, que con frecuencia le combate. ¿Le conocéis? Ese enemigo es el orgullo. ¡Y cuántos extragos está causando en medio de nuestras filas! Se insinúa en el corazón, sin ser sentido; halaga por un momento, y luego mata. Extravía la inteligencia de la senda de la verdad, y de error en error la precipita en un caos de confusión eterna. Allí con necedad increíble afirma y niega, edifica y destruye, como si tuviera sobre todas las cosas el poder de vida y muerte. Los anales de todos los pueblos refieren á cada paso semejantes aberraciones; y bien lo veis, la historia contemporánea no es otra cosa que un tejido de hechos que evidencian el anterior enunciado. Y todo porque falta valor para sacrificar un apetito en las aras del deber. Luego el sacrificio es necesario á todo hombre si no quiere su ruina, y al hombre de la ciencia le es indispensable poseerlo en mayor grado.

Señores, no quiero abusar de la atención con que me habeis honrado hasta aquí. Concluyo llamando de nuevo vuestra atención hácia Santo Tomás de Aquino, Patrono de cuantos se consagran al noble cultivo de las ciencias.

No me he propuesto trazar el cuadro de sus glorias; ni siquiera he querido desenvolver el hecho grandioso de su vida, que ha dado pié al pensamiento de mi discurso; sino que he recogido á la ligera las ideas fecundas que de ese mismo hecho se desprenden. El castillo de Roca-Seca da testimonio irrefragable del espíritu de pureza y sacrificio que animaba al Angélico Doctor, y que forma los dos polos sobre los cuales debe girar la ciencia.

Si vosotros quereis que la vuestra progrese y declinar al mismo tiempo el abismo que se abre á vuestras plantas, volved á Santo Tomás; miradle, seguid sus pasos; imitad su castidad y su abnegación; y llegaréis sin peligro á la cumbre del saber. Al ver las defecciones de cien hermanos nuestros, que

por falta de apoyo se deslizan, dirigid al ilustre Patrono una mirada suplicante; decidle desde el fondo de vuestra alma: «Sálvanos, Tomás, y seremos salvos.» Y vuestra ciencia será la ciencia de los grandes santos y de los grandes sábios. He dicho.

LA FILOSOFIA DE LA HISTORIA. (1)

(Conclusión.)

Pero sepámoslo de una vez. ¿Qué se propone el racionalismo con su falsa filosofía de la historia? ¿Qué quiere, qué pretende, á dónde va? ¿A dónde ha de ir? A su fin, á donde va en la filosofía por el *yo*, en la historia por el *fatalismo*, en el derecho por el *objetivismo*, en el arte por el *realismo*, á la negación. Dios no existe: hé aquí su fin; y para probar que no existe lo niega en la filosofía, lo separa en el arte, y cuando, al tender la vista por el espacio, no halla ya más sitio para Dios, exclama triunfante:—«Dios no existe.»—¡Dios en la historia! Dicen sonriendo los adeptos de la falaz escuela, ¿á dónde está? Sin duda que todas las teogonías nos hablan de un Dios que presidió á la aparición del mundo; pero ¿quién hace caso de fábulas? Verdad es que hay coincidencias tan raras, que parecen dispuestas por una mano poderosa; pero ¿quién no conoce los caprichos del acaso? El hecho es que no le vemos, y un Dios tan chico que puede pasar inadvertido á nuestra vista, no es Dios, es una sombra. ¡Que no le vemos! ¿Vemos acaso el poderoso huracan que levanta las olas de la mar y las agita y remueve en tempestad horrible? No por cierto, no le vemos, pero le sentimos. Conocemos su existencia en sus efectos, y al ver el piélago antes tranquilo conmoverse y alzarse en líquidas montañas y abrirse en profunda sima para sepultar el bajel que sobre sus aguas camina, no dudamos ni por un momento que el huracan existe. Tampoco

(1) Véanse los números anteriores.

lo dudan los audaces marinos que ante el furor de los elementos doblan la rodilla, elevando á su Dios plegaria ardiente, y si alguno lo duda, en breve desaparece su incertidumbre al verse sumergido en el profundo seno de los mares. *Non irridetur.*

Sí: Dios aparece en la historia porque la historia es la vida de la humanidad y el fiel espejo de su porvenir, y Dios, como causa y fin del hombre, como Alfa y Omega de la humanidad, empuñó el primero y el último de los eslabones de la cadena de los hechos, imprimiéndola de cuando en cuando sacudidas más ó ménos violentas, ya para despertar á la humanidad de su letargo, ya para probar su fortaleza, ya para fines desconocidos y que la escasa vista de nuestra inteligencia no puede distinguir en toda su magnitud y grandeza.

Entre el Paraíso y el valle de Josafat media el espacio; entre el día de la Creación y el del Juicio media el tiempo, y la humanidad llena por medio de su peregrinación el tiempo y el espacio. Pero la jornada no es seguida. Entre el punto de partida y el de llegada hay etapas en las que reposa, cobra alientos y varía el orden de su marcha. El Calvario es, como dejamos dicho, la cima más elevada del mundo, el oasis donde de la humanidad descansó de su peregrinación sobre la tierra. Filósofos que no distinguís la Providencia en la historia, tomad la Cruz y subid al Calvario: tended desde allí vuestras miradas por ambas vertientes y conoceréis si la humanidad camina á ciegas ó si la guía la columna de fuego que guiaba por entre las tinieblas de la noche al pueblo escogido, errante en el desierto. No hay que dudarlo: la historia conduce á Dios como la filosofía y el derecho, como la literatura y el arte. Son vias distintas, pero que conducen al mismo fin. Son radios de círculo que convergen hácia el mismo centro. Son rayos de luz que se unen en un mismo foco.

En vano lo niega el racionalismo; en vano fija diversos, distintos y hasta contrarios fines á la filosofía, al derecho, al arte y á la literatura; eso que él llama *finés*, son *medios*, como medios son los varios errores de sus diversas sectas, que conducen al fin único, á la negación de Dios. La escuela simbóli-

ca nos lleva al *ateísmo* por el *deísmo*. La fatalista nos conduce al *ateísmo* por el *panteísmo*, al paso que la escuela católica sienta las bases del ejercicio independiente del libre albedrío, combinado con la preesciencia y providencia de Dios. Hé aquí palpable la unidad del *fin* en los varios *medios* que, como *finés*, profesan las diversas ramas del racionalismo. El *deísmo* y el *panteísmo*, *medios*. El *ateísmo*, *fin*.

Resumamos: Dios es el gran motor y primera causa de la historia. La libertad humana es compatible con el *providencialismo*. Cada partida que en el libro de *cargo* anota la humanidad, corresponde á otra partida que en el libro de *data* anota la Providencia. La filosofía de la historia hace el balance. Dios líquida.

Todo eso está muy bien, os estamos oyendo decir, pero el hecho es que vosotros los que de católicos os preciais podreis engalanaros con los nombres de San Agustín el Salviano, de Paulo Orosio de Bosset, que hicieron estudios más ó ménos apreciables, acerca de los hechos históricos que narraron; pero la ciencia, la verdadera ciencia, nos pertenece como todos los grandes adelantos del espíritu humano, como la *Economía política* y como la *Estética* y como la misma *Prehistoria*. ¿Qué sería de la *Filosofía de la historia* sin los trabajos de Bacon, de Viso, de Herder, de Hegel y de Krause? ¿Creeis que bastaría la *Ciudad de Dios* ó el *Discurso sobre la Historia Universal*, para darnos el conocimiento evidente de la ley suprema de la historia y la vision *á priori* de los destinos de la humanidad que constituye el mejor triunfo de la moderna filosofía?

A esta pregunta ¿qué les hemos de contestar? Demostrada la falsa unidad de su sistema queda deshecha ésta parte ó aplicación de él; y si el vulgo no percibe las convulsiones del hecho torturado para ajustarse al nuevo lecho de *Procusto*, que reniegue de su creencia en la *libertad* y en la *providencia*, que sólo á trueque de negar estas dos fuentes de la historia puede afirmar el conocimiento anterior é infalible de una ley fatal y necesaria.

En cuánto á nosotros, gracias á Dios, sabemos que la his-

toria es hija de la libertad humana y de la Providencia divina y como desconocemos los secretos de Dios y las futuras decisiones de los hombres, no admitimos más que una ciencia conjetural y cuando nos pregunten por la ley de la historia contestaremos sin vacilar: *La voluntad de Dios.*

A. PIDAL Y MON.

DEL VERSO DE NUEVE SÍLABAS. (1)

SUS VARIEDADES. — SUS ORÍGENES.

(Capítulo de una métrica que no se ha escrito.)

En unos artículos de D. Marcelino Menendez Pelayo sobre métrica, publicados en la finada *Revista Europea* (Octubre de 1875), el autor, con la erudición que le adorna y el acierto y buen gusto que acostumbra, después de consignar curiosísimas noticias para la historia de la métrica castellana, se detiene á explicar una nueva forma de verso enneasílabo, que él denomina *laverdaico*, del nombre de D. Gumersindo Laverde.

De otras formas de verso enneasílabo habla Bello en su *Métrica*; pero las noticias que da son deficientes y confusas. Ni es extraño que un metro como este, que no ha sido ni clásico ni popular en castellano, y que en nuestra lengua puede considerarse como una novedad, no haya merecido especial atención de los autores de arte métrica.

Los aficionados á curiosidades filológicas de esta especie, no llevarán á mal hallar aquí, convenientemente clasificadas, las variedades de enneasílabos que han asomado en castellano, con algunas indicaciones sobre sus orígenes y afinidades.

(1) Reproducimos el siguiente docto artículo publicado en el *Repertorio Colombiano*, excelente revista de Santa Fé de Bogotá, y escrito por el sábio humanista D. Miguel Antonio Caro, insigne entre los traductores españoles de la *Eneida*.

I.—ENNEASÍLABO LIBRE.

No se trata aquí de versos *sueltos*, *blancos*, ó *exentos* de rima, que también suelen llamarse *libres*. La circunstancia de ser ó no rimado, no altera la calidad del *metro*.

Por *metro libre* entiendo aquí el que no tiene ley de acentuación conocida, salvo el último inevitable acento, que, si el verso es octosílabo, cae en la 7.^a sílaba, si enneasilabo, en la 8.^a, si endecasílabo, en la 10.^a, etc.

Ejemplo de enneasílabos libres:

Y tu cólera inesperada
Se oye hórridamente estallar,
Centella de Dios desatada
Que abate el árbol secular.

El tipo de nuestro enneasilabo libre es el francés de la misma especie, aunque llamado *octosílabo* en la métrica de esa lengua. Análoga discrepancia de denominaciones se observa en todos los metros paralelos de una y otra lengua. En castellano, lo mismo que en italiano, siguiendo la norma latina (acentuación barítónica) el verso termina naturalmente en dicción grave ó llana. Cuando ésta es aguda, la última sílaba se cuenta por dos; si esdrújula, la última se considera nula. En francés la acentuación es oxitónica, y el verso en su forma regular termina en agudo (rima masculina). Si finaliza en dicción grave ó cuasi-grave (rima femenina), no se cuenta para la medida la sílaba final (*e muda*). De aquí que el *enneasilabo* castellano v. gr., y el *novenario* italiano, ó versos de nueve sílabas, correspondan exactamente al verso *de huit syllabes* ú *octosyllabe* francés. Para evitar confusiones, aplicaré al francés la denominación usada en castellano.

El enneasilabo libre (*octosyllabe*) es antiquísimo en la poesía francesa, y muy conforme con la índole acentual de ese idioma. En este metro hay muchas poesías líricas de Lamartine y Víctor Hugo.

Tiene este verso en francés, además del acento de la rima, ó final, dos ó tres más cuya colocación varía, sin ley conocida, aunque hay poetas más hábiles que otros en sacar provecho de esta variedad de acentuación; y algunas combinaciones ofenderían á un oído delicado (1).

Si el octosílabo de estructura libre, el metro de los romances y de la comedia, es, como dijo Argote de Molina, «propio y natural de España,» el enneasílabo á la francesa, es, por el contrario, exótico en castellano.

Más bien que para producir un efecto armonioso, podrá servir á veces para imitar el tono sencillo é ingenuo de la conversación:

Quiero una vez estar contigo,
 Contigo, cual Dios te formó;
 Hablarte cual á un viejo amigo
 Que en nuestra infancia nos amó;
 Volver á mi vida pasada,
 Olvidar todo cuanto sé,
 Extasiarme en una nada
 Y llorar sin saber porqué.

Los anteriores versos suenan bien. En algunas de sus combinaciones es á veces harto desapacible este metro:

Entonce, al verte, al verte á ti
 Con la sonrisa del contento
 A todos dando movimiento,
 Tal vez fugaz mirarme á mi....
 Y tan distintas, luégo, al ver
 Esas miradas en tu amante,
 Que allí risueño está y triunfante,
 Largas y extáticas caer.... (El mismo).

Nótese en esta línea última el efecto imitativo resultante de la combinación de esdrújulo y agudo, que es de las que en

(1) QUICHERAT *Traité de versification française.*

francés, por la fonética especial de esa lengua, no tienen cabida.

Como el ritmo acentual de este verso es vago ó nulo á nuestros oídos, pide que las rimas sean sonoras y bien coloridas. Empleólo Bello en estilo festivo, con rimas reduplicadas (especie de monorrimos), en dos trozos de *Los Duendes*:

¡San Anton! No soy tu devoto
Si no le pones luégo coto
A este diabólico alboroto.
Motin semeja ó terremoto,
O hinchado torrente que ha roto
Los diques y todo lo inunda!
¡Jesús! ¡Jesús! ¡Qué baraúnda!.... (1).

HISTORIA. — No examinaré aquí si los metros primitivos de las lenguas romances fueron una adaptación de metros latinos á la nueva pronunciación en que prevalecía el acento y se oscurecía la cantidad, ó bien creación espontánea del instinto poético popular. Húbolos de uno y de otro origen.

Sea antecedente genealógico, ó sea coincidencia casual, consignaré ante todo, que el verso yámbico arquoquio, ó tercer verso de la estrofa alcaica usada por Horacio, es, puesto á un lado el valor cuantitativo, un enneasilabo libre. La variedad de acentuación se ve en estos ejemplos:

SÍLABAS ACENTUADAS.

1. ^a 4. ^a 8. ^a	Nódo coérces viperino....
1. ^a 4. ^a 6. ^a 8. ^a	Gáudes, aprícos nécte flóres....
1. ^a 5. ^a 8. ^a	Véxant inaequáles procéllae....
1. ^a 6. ^a 8. ^a	Móren, verecundúmque Bácchum....
2. ^a 4. ^a 8. ^a	Versáre glébas, et severae....
2. ^a 5. ^a 8. ^a	Deféndit aestátem capéllis ...
2. ^a 6. ^a 8. ^a	Fastidit umbrosámque ríпам.... (2)

(1) Poesías de Bello, edición de Madrid, pág. 142, 144.

(2) El acento en la 6.^a es dudoso, pues está determinado accidentalmente por el enclítico: *verecundúmque, umbrosámque*.

Todas estas cadencias ocurren en Horacio ; pero algunas son raras. La que parece que prefería el poeta es la del penúltimo ejemplo:

Deféndit aestátem capéllis....
Ornáre pulvínar deórum....
Lenite clamóren sodáles....

El verso enneasilabo, exótico en castellano y en italiano, es antiguo y genial en francés y en provenzal.

Hay viejas *canciones de gesta y fablares*, ó cuentos de troveres, en este metro.

Ocurre tambien en cantos de trovadores, como se ve en el serventesio de Beltrán de Born que principia:

Quan vei pels vergers desplegar
Los sendatz gruecs, indis é blaus,
M'adoussa la votz del cavaus,
E il sonet que fant li joglar
Que vuilan de trap en tenda
Trompas e corns e grailles clar;
Adones vuelh un sirventés far
Tal qu'el coms Richard l'entenda... (1).

(1) •Cuando veo desplegar por los vergeles las enseñas amarillas, indias y azules, me alegra oír el relinche de los caballos y las voces de los juglares que van de tienda en tienda tañendo la viola, y el eco de las trompas, de los cuernos y de las dulzainas. Ocúrreseme entónces hacer un serventesio para que lo oiga el conde Ricardo.» BALAGUER, *Historia de los trovadores*, tomo I, p. 124.

En los versos citados, como en otras poesias provenzales, pareceme observar que, contra la ley general de los metros romances, no se hacía distinción entre el final agudo y el grave; así es que este verso:

Quan vei pel vergers desplegar....

que para nuestros oídos es enneasilabo, y este otro, verdadero octosilabo,

Que vuilan de trap en tenda,

eran de una misma medida. No sé si esta anomalía es aparente, ó cómo haya de explicarse.

D. Andrés Bello, que en su larga vida nunca dió de mano al estudio de la *Gesta del Cid*, coloca este antiguo monumento de nuestra lengua castellana en la familia de los poemas heroicos de los troveres, reduciéndolo á esta clase, entre otras consideraciones literarias, por razón de los metros en él usados

Tres especies de verso reconoce Bello en el *Cid*, y todas tres de origen francés: el alejandrino, un endecasílabo particular (distinto del heroico más conocido), y el eneasílabo. Este último, dice Bello, tiene nueve sílabas si es grave, y ocho si agudo, lo mismo en castellano que en francés antiguos.

<i>Fr.</i>	Bele de cors e de visage....
<i>Cast.</i>	Ha menester trescientos marcos....
<i>Fr.</i>	Nuls ne pout issir ne entrer....
<i>Cast.</i>	Es pagado e davos su amor....

La teoría de Bello sobre la versificación del poema del *Cid*, aunque ingeniosa, no es, á mi juicio, muy segura. Pero como no sea esta ocasión de examinar de propósito este punto, observaré solamente, ser muy dudoso, sobre todo, que las pocas líneas de nueve sílabas esparcidas acá y allá en la *Gesta del Cid*, sean intencionales y verdaderos versos eneasílabos.

Bello confiesa que ocurre rara vez, y no seguidos, sino mezclados caprichosamente con versos mayores, mientras que la versificación de los troveres es seguida y regular en sus formas.—Añádanse á esto los errores de copia posibles, las sinelefas problemáticas, etc., y aquellos versos eneasílabos quedarán reducidos á poquísimos casos anómalos.

Y fuera de esto, no aparece en castellano, en parte alguna, el eneasílabo libre, hasta nuestros días, y eso como imitación artificial del francés, difícil de aclimatar en nuestro idioma.

Reducida á determinada forma acentual, hay en castellano ejemplos de eneasílabo espontáneo, pero muy raros, como diré luégo.

II.—ENNEASÍLABO IRIARTINO.

Acentuada la 3.^a sílaba.

Las especies de verso de que ahora voy á hablar, principiando por el *enneasílabo iriartino*, caben todos dentro del *enneasílabo libre*, ó francés (*octosyllabe*): formas ocasionalmente preferidas por quienes trataron de poner en este metro, con uno ó más acentos fijos, el ritmo de que en su forma genérica y libre carece para oídos castellanos.

Bello y Menéndez tienen por *enneasílabo libre* el metro de la Fábula XIV de D. Tomás de Iriarte. El primero lo considera como una desviación caprichosa de la forma acentual yámbica

— — ' — — ' — — ' — — ' — — ' —

que juzga típica de este verso; y el segundo llama, en general *iriartino* al verso *enneasílabo libre*.

Creo que la forma de verso de la citada fábula de Iriarte no es ni yámbica, ni de acentuación enteramente libre. Conservando el calificativo de *iriartino* que da Menéndez á este metro, lo coloco como especie separada.

Hé aquí la

FÁBULA XIV DE IRIARTE.

EL MANGUITO, EL ABANICO Y EL QUITASOL.

Si querér entender de todo
 Es ridícula presunción,
 Servir sólo para una cosa
Suele ser falta no menor.
Sobre una mesa cierto día
 Dando estába conversación
A un Abanico y á un Manguito
 Un Paraguas ó Quitasol.
 Y en la lengua que en otro tiempo

Con lä Ólla el Caldero habló,
 A sus dos compañeros dijo:
 ¡Oh, qué buéñas alhajas sois!
 Tú, Manguito, en invierno sirves;
 En veráno vas á un rincón:
 Tú, Abanico, eres mueble inútil
 Cuando el frío sigue al calór.
 No sabéis salir de un oficio.
 Aprended de mí, pese á vos;
Que en el invierno soy Paraguas
Y en el verano Quitasol.

Nótase en estos versos la falta sistemática de acento en la 2.^a sílaba (1), lo cual sería en francés defectuosa monotonía. El ritmo de estos versos está claramente determinado por un acento en la 3.^a sílaba, realizado de ordinario por otro en la 6.^a

Si querér | entendér | de todo....
 Con lä Ó- | -lla el Caldé- | -ro habló....

Por faltar á esta ley, disuenan los versos que he puesto de cursiva. Mediante ligeros cambios, v. gr.:

Es defecto quizás peor....
 Cierta dia, sobre una mesa....
 A un Manguito, y á un Abanico....
 Que en inviérno yo soy Paraguas,
 Y en veráno soy Quitasol....

la composición sería perfectamente rítmica.

Si en vez de 3.^a y 6.^a se acentúan 3.^a y 5.^a:

En veráno vás á un rincón....
 En verano sóy Quitasol. ..

(1) El de *servir* (verso 3^o) y el de *qué* (12) no deben contarse, apagados como quedan por el de la subsiguiente sílaba 3.^a

resulta, dentro del mismo ritmo, una variedad, que podría emplearse como una nueva especie de verso, y ésta parece ser la ley del verso novenario italiano, aunque poco usado:

Che s'accorse ch'era partita,
Che mi porse quella ferita....

(Cino da Pistoia.)

El enneasilabo *iriartino*, sea que se acentúe la 5.^a ó la 6.^a silaba, equivale rítmicamente á un pentasilabo doble, despojado de la primera silaba. Sólo que por este método resulta una cesura (4.^a silaba) á que no está obligado el enneasilabo (1).

Pentasilabo doble:

¿Querrás decirme, | zagal garrido,
Si en este valle, | naciendo el sol,
Viste á la hermosa | Dórida mia
Que fatigado | buscando voy?

.....
.....
¡Ay vaquerillo! | Qué feliz eres,
Pues aun ignoras | lo que es amor!

Enneasilabo.

¿Viste, dime, | zagal garrido,
Por el valle, | naciendo el sol,
A la hermosa | Dórida mia
Que anhelante | buscando voy?

.....
.....
¡Vaquerillo! | Qué feliz eres!
Aun ignoras | lo que es amor.

(Moratín.)

HISTORIA.—Vicéns, anotador catalán de Rengifo (año 1703), notó ya que en antiguos villancicos aparece algunas veces cierto verso de nueve sílabas como éste:

Lleguen todas las majestades....

(1) En el decasilabo compuesto de dos pentasilabos puede á veces prescindirse de la cesura, sin que reclame el oído; en este caso, de verso compuesto pasa á verso simple (como tal no enumerado por Bello).

Nunca se sequen | vuestros torrentes,
Vuestras lagunas, | y las corrientes
Que dan al aire | plácido són.
Y que tejiendo | frescas hamacas,
De los indígenas de Caracas
Nunca se rompa | la estrecha unión.

(D. Felipe Tejera.)

No es otro, como se ve, que el iriartino. Ni se halla en tiradas seguidas, sino en ciertas coplas para glosar, ó rítor-nelos de giro libre y versos mixtos, como en aquella que dice:

Vientecico murmurador...
Mientras duerme mi lindo amor.. .

III.—ENNEASÍLABO ESPRONCEDÁICO.

Acentuadas 2.^a y 5.^a sílabas.

Así llama Menéndez á aquella especie de versos que usó Espronceda en el *Estudiante de Salamanca*, clasificados por Bello en la familia de los anfibráquicos:

Y luégo el estrépito crece....

Es el decasilabo anapéstico de canción (1), quitada una sílaba al principio:

(Y) los gritos responden lejanos
(De) la espósa, que yá le esperaba,
(Y) de mádre y amigos y hermanos
(Que) se agó'pan y cláman: Es él.

(J. E. Caro.)

Después de Espronceda, Doña Gertrudis Gómez de Avellaneda empleó felizmente este metro:

Tú espiras, oh autor de la vida!
La muerte contigo se ensaña;
Mas rota quedó la guadaña
Al darte su golpe cruel....

(A la Cruz.)

Este enneasilabo es trimetro

— — ' — — — ' — — — ' — —

(1) BELLO, *Métrica*, nueva edición.

Quitado el tercer pie queda un hexasílabo dímetro, y ambos versos, siendo homorítmicos, pueden combinarse armoniosamente, en líneas separadas y rimadas, en estrofa:

¿A dónde he llegado? ¿La estancia
No es ésta do niño jugué?
Del huerto la grata fragancia
Se siente á distancia;
La vieja portada se ve.

El verso corto es igual á los dos primeros pies de cada uno de los largos:

¿A dónde he llegado?...
No es ésta do niño... (1)

También pueden combinarse en un pentámetro interciso, de 6 + 9 sílabas:

Oh! mira | la sélva || de viéjos | altisi- | -mos róbles
De dó Tequendáma levanta su eterno clamor;
Clamór que de léjos reméda los róncoS redóbles
Que un génio sacára de algún estupéndo atambór.

(*J. E. Caro.*)

HISTORIA.—Ya he indicado la forma de enneasílabo alcáico más usada por Horacio. Tiene cesura en la 6.^a sílaba, y su cadencia acentual es la del enneasílabo esproncedáico:

Et cúncta terrárum subácta....
Sedésque discretas nepótum....
Matróna bellántis tyránni....

(1) González Carvajal (salmo CXLIX) combinó decasílabo y hexasílabo en estrofas como ésta:

Doy aplauso á su nombre: sonoro
Repitalo el coro.
Al salterio y al tímpano unida
En acorde y armónica clave
La flauta suave
AcompaÑe la voz repetida.

IV.—ENNEASÍLABO DE CANCIÓN (ANÓNIMO).

Acentuada siempre la 4.^a sílaba.

Es el enneasílabo que Bello considera destinado al canto, si bien el esproncedáico también es cantable. El tipo acentual de este verso, según el mismo Bello, es yámbico (acentuadas las sílabas pares), como se ve en—

La nóble frén-te al yúgo vil.

Yo entiendo que éste no es el tipo; que el acento en 2.^o y 6.^o, aunque permitido, no es rítmico; que este enneasílabo, en suma, procede del sáfico, quitándole dos ó tres sílabas del fin, según que en el enneasílabo haya de salir llano ó agudo.

En este supuesto constituyen serie típica de acentos rítmicos las sílabas 1.^a, 4.^a y 8.^o

—' — — —' — — —' —

Dúlce vecino de la sélva....

Huésped eterno del abril....

Hallo usado este verso, acaso por primera vez, en una *Marcha Nacional* española, 1808, letra de Don A. S. V., y música de Don P. B.: (1)

Ya despertó de su letargo
De las Españas el león,
Y con rugidos espantosos
Cubre la tierra de pavor.
¡Alarma, alarma, ciudadanos!
Triunfe gloriosa la nación,
Y ántes morir que ser esclavos
Del infernal Napoleón.

(1) Así en la *Lealtad Española, Colección de proclamas*, etc. Tomo III. Cádiz, 1808, pág. 188.

Sobre estos versos están calcadas las siguientes estrofas que Bello trae anónimas, y como muestra, en su *Métrica*:

¡Alarma, alarma, ciudadanos!
 Ya suena el parche y el clarín;
 Oid la voz con que la patria
 Llama sus hijos á la lid.
 ¿Vereis á Chile dar de nuevo
 La noble frente al yugo vil?
 ¿Seréis esclavos de un tirano?
 Hijos de Chile, ántes morir!

V.—ENNEASÍLABO LAVERDÁICO.

Acentuadas 2.^a y 6.^a sílabas.

Laverdáico apellida el Sr. Menéndez Pelayo al enneasilabo inventado en castellano por D. Gumersindo Laverde Ruiz.

Es, según la explicación del señor Menéndez, un sáfico despojado de las dos primeras sílabas:

(Dulce) vecino de la verde selva....
 (Vital) aliento de la madre Venus.

El Sr. Laverde, en poesías tan bien sentidas como elegantemente escritas, ha combinado de varios modos este metro. Por ejemplo, con sáficos:

¡Ay! allí yace fenecida aprisa
 Mi dulce hermana como el sol hermosa,
 De ojos azules y cordial sonrisa,
 Más que la estrella de la mar graciosa,
 Más pura que de Edén la brisa!

Con adonio, como pie quebrado:

¿No ves en la estación de amores
 Pintada mariposa breve,

Que al soplo de las auras leve
 Rondando las gentiles flores
 Leda se mueve?
 ¿No observas que por fin plegando
 Las alas de azucena pura,
 Se acoge á la vital frescura,
 Y encima de su cáliz blando
 Duerme segura?

No me parece combinación igualmente agradable la que resulta de interpolar el verso laverdaico en la estrofa sáfica: forma en que tradujo el Sr. Menéndez una oda de Horacio:

.....
 Mar agitado de los negros vientos
 Serás al confiado amante,
 Que siempre alegre y amorosa siempre
 Piense encontrarte.
 Mísero aquel á quien propicia mires!
 Yo libre de tormenta brava,
 Al dios del Ponto suspendi en ofrenda
 Veste mojada.

HISTORIA.—El verso laverdaico es el *sáfico brachycatalecto* (ó falto de un pie) que aparece alguna vez en los coros de las Tragedias de Séneca:

Qui vultus Acherontis atri.

(*Agam. III.*)

M. A. CARO.

ENSAYOS MÉTRICOS. (1)

Á MI INMORTAL AMIGA.

¡Pálido rostro, celestial mirada,
 sonrisa de inefable amor!
 ¡Virgen etérea á consolar llamada
 de un vate el perenal dolor!
 En largas horas de silencio grave
 absorto aparecer la ví,
 y de los astros al fulgor süave
 sus huellas de azahar seguí.
 Dentro mi pecho su idea figura
 con fuego se grabó al pasar..
 ni áun en el seno de la tumba oscura
 la muerte la podrá borrar.
 ¡Angel sublime de mis sueños de oro
 en forma de gentil mujer!..
 Casta Deidad que en mi tristeza adoro..
 ¿Pasaste para no volver?
 ¿Jamás tu hechizo pudoroso y blando
 mi noche y soledad sin fin
 vendrá de nuevo á iluminar, trocando
 la tierra en floreal jardín?
 ¡Ay! de perverso encantador cautiva,
 gimiendo só el poder quizás,
 allá en morada misteriosa, esquivá,

(1) Como muestra de la última manera de versos de nueve sílabas á que el Sr. Caro se refiere en su brillante artículo, reproducimos las siguientes bellísimas composiciones de nuestro ilustre y querido amigo el Sr. D. Gumersindo Laverde

(N. de la D)

oculta al universo estás!
 Sola tal vez en el recinto vago,
 poblado de serpientes mil,
 nunca recibes el frescor y halago
 del aura ni la luz sutil.
 Ni un eco leve en las estancias yertas
 responde á tu doliente voz!...
 ¿llámame acaso? ¿A franquear sus puertas
 me mandas acudir veloz?
 Guíeme un rayo de tus ojos puros,
 tu aliento su virtud me dé,
 y á redimirte de ese limbo oscuro
 intrépido volando iré ..
 ¡Mira, al prestigio de mi canto y lira,
 rendirse el colosal dragon
 de alas de fuego que espantoso gira,
 guardando tu letal prisión!
 ¡Mira, el encanto abrumador deshecho,
 las sierpes al abismo huir,
 la brisa holgar, y el ominoso techo
 en humo por los aires ir!
 ¡Del éter mira en el azul sereno
 el astro animador brillar,
 el val de flores coronarse ameno,
 las aves por do quier trinar!
 ¡Recobras ya la libertad perdida!
 ¡Ya tornas sonriendo á mí
 los claros ojos en que el cielo anida!...
 ¡No ceses de mirarme así!
 Predestinada á consolar naciste
 de un vate el perenal dolor...
 ¡Ven que mi pecho solitario y triste
 rebosa para tí de amor!
 Sé de mi vida en el estéril yermo
 oásis regalado, sé,
 donde su sed el corazón enfermo
 apagué de ternura y fé.

Al dulce amparo, mi cadente lira
 tañendo, de tu sombra en paz,
 ¿Qué temeré del huracan la ira,
 qué el rayo abrasador voraz?

La siguiente admirable y sentidísima *Elegía*, inspirada por un verdadero y profundo dolor, está escrita en cuartetos *sáficos*, con el *laverdático* á modo de *alónico* al fin:

Á LA MEMORIA DE MI HERMANA LUISA,

fallecida en 1851, á la edad de diez años.

Quando á los cielos su clamor solemne
 aquella torre solitaria envía (1)
 del mar vecino entre el zumbar perenne,
 caen negras sombras sobre el alma mía,
 y el llanto á mis mejillas viene.
 ¿Allí algun génio misterioso habita
 que al ronco acento de la fiel campana
 vuela á acordarnos en profunda cuita
 que es polvo y sombra la existencia humana
 que hay otro más allá infinita?
 ¡Ay! allí yace fenecida á prisa
 mi dulce hermana como el sol hermosa,
 de ojos azules y cordial sonrisa,
 más que la estrella de la mar graciosa,
 más pura que de Edén la brisa.
 La mansedumbre en su mirar sereno,
 la discreción en su apacible estilo
 resplandecía, y su nevado seno
 era de amor y de piedad asilo,
 cual vaso de perfumes lleno.
 ¡Ah! cuántas veces su florido manto
 la primavera desplegó, Luisa,

(1) La de San Miguel de Hontoria, iglesia cercana al mar, y situada no léjos de Nueva.

sobre la tierra, desque huyó tu encanto!
 ¡Y aún á tu nombre en nuestro hogar la risa
 se trueca en suspiroso llanto!

Flora renace, y generosa vierte
 vida á raudales por campiña y selvas:
 ¿Nunca ¡ay! mis ojos tornarán á verte?
 ¿Nunca será que á consolarme vuelvas?
 ¿Jamás te soltará la muerte?

No, tu alma vive con la Madre Santa
 á quien llamaste en el postrer sollozo;
 vive en la altura dó con libre planta
 gira por campos de perpétuo gozo,
 de Dios las maravillas canta.

De allí su cuerpo á recobrar pristino
 vendrá á la tierra en el supremo día,
 y rutilante se alzaré al divino
 festin de amor, en que eternal sonria
 libando de la gloria el vino.

Y mi Segundo y mi Asunción (1) con blando
 riso la estola ostentarán florida
 de la inocencia, junto á ti brillando!
 ¡Venid!... llevadme á esa región de vida,
 que yo os vea y moriré cantando.

Ingeniosísima es la disposición del siguiente juguete, dedicado al ilustre doctor D. Francisco J. Caminero, cuyo *Manuale Isagogicum in Sacra Biblia* demuestra que aún no se ha extinguido la vigorosa raza de nuestros escriturarios, tan floreciente en los gloriosos días del siglo xvi:

¿La nueva cuerda de mi humilde lira
 no te desplace, y que la pulse quierdes,
 cuando ya Euterpe sin amor me mira?
 Pues dócil tu precepto sigo,

(1) Hijos míos que murieron párvulos. (Nota del autor en el borrador autógrafa.)

pero no un canto de tí digno esperes,
¡Oh sábio, perilustre amigo!

Benigno eres,
sélo conmigo.

Bajo la espuma de las blancas olas
ronca á lo léjos, dormitando el ponto,
mientras que yo con entusiasmo á solas,
en dulce inspiración velando,
el plectro y lira enardecido apronto,
y empiezo á alborear cantando,
¡Y él como un tonto
sigue roncando!

La noche ahuyenta y los espacios dora
con blanda risa la oriental sirena,
á quien el vulgo denomina aurora...

¡Sarcástico reir que entiendo;
de mí se burla de frescura llena...
corrido, mi cantar suspendo,
¡Y ella sin pena
sigue riendo!

Viene esparciendo rutilante lumbre
Febo despues con su farol redondo,
y se remonta á la celeste cumbre...

Me ofende su calor salvaje,
Corro del bosque hasta el rincon más hondo
Y folgo entre el feraz ramage
¡Y él tan orondo
sigue su viaje!

Llega la tarde y con guiñar lascivo
Venus, subiendo por la azul esfera,
pretende hacer mi corazon cautivo...

las artes de esa vieja niña
Sé ya de antiguo... y en veloz carrera
la esquivo aunque gentil se aliña,
¡Y ella la artera
guiña que guiña!

La noche avanza y la modesta Luna

sale entre nubes, de la mar salobre,
y perlas llora sin modestia alguna;
yo entonces con acento blando
vuelvo la lira á repicar de cobre,
mi alegre soledad cantando...
¡Febe la pobre
sigue llorando!

Ya el sueño todos los vivientes gozan,
salvo las ranas del juncoso lago
y los escuerzos que doquier sollozan...
¡Arrullo sin igual!... cediendo,
caro doctor, á su divino halago,
la lira en la pared suspendo,
la vela apago,
vôyme durmiendo.

G. LAVERDE.

CONCEPTO DEL TRABAJO

SEGUN

LA DOCTRINA CATOLICA (1).

LEMA.

El hombre no vive de sólo pan, sino de virtud y moralidad.

I.

Revestido el hombre con profusión al salir de las manos del Criador de todos los medios que su naturaleza requería para avasallar los obstáculos que presentársele pudieran en el transcurso de su terrenal existencia, infringiendo el divino precepto, debilitáronse en su mayor parte y vió caer sobre él la formidable sentencia, *in sudore vultus tui vesceris panem*.

La personalidad humana vióse entonces presa de un funesto trastorno; el cuerpo con sus sentidos y el alma con sus potencias tuvieron que sufrir terribles luchas que comienzan en la cuna para terminar en el sepulcro.

Esta lucha dá origen al trabajo, justo castigo de la culpa primitiva y esfuerzo constante de nuestro organismo y facultades intelectuales hácia un más allá donde encuentre cumplida satisfacción toda necesidad adecuada á la humana naturaleza. Así que, el hombre, poseído de ánsias sin límites, ora ratura el infructuoso erial del que hace brotar doradas espigas, transformándolas en sabroso bocado de pan, ora entrelazando densas fibras de textiles plantas, cubre su desnuda piel; ya parando mientes en el mejor modo de abastecer su morada y

(1) Este bellissimo estudio ha obtenido el lauro en un certámen que a tenido lugar en la culta ciudad de Alcoy.

llenar determinadas exigencias, multiplica las industrias; ya observando los variados fenómenos que por doquier se verifican tanto en la corteza de nuestro planeta como en la límpida atmósfera y en el tachonado firmamento, crea las ciencias; y así sucesivamente va entresacando cuanto le facilita á cubrir sus aspiraciones.

¿Y esto con qué elemento lo ejecuta? ¿A qué son debidas tan diversas y admirables realizaciones? Al ejercicio de sus facultades, al no interrumpido y esmerado trabajo que á la vez que le prodiga cuanto su necesidad reclama, ejerce benéfico y marcado influjo en la esfera de la moral; pues le saca de una censurable voluntad, perfecciona su corazón y su entendimiento y arrancándole de una vil holganza le aparta de los ruinosos vicios que degradan al hombre y á la sociedad entera. Cuyas observaciones hacen resaltar á nuestra vista que el trabajo es la antítesis de la miseria é inmoralidad, ó mejor dicho, el lenitivo de la miseria y el antídoto de la inmoralidad, que de este modo el Sér Omnipotente que hizo brotar la luz del fondo de las tinieblas, convirtió la expiación en triaca del pecado y manantial fecundo de virtudes sin cuento.

Pero este concepto del trabajo, que al parecer es el más razonable y verdadero, no se vislumbra con idéntico criterio en todos los períodos que la humanidad lleva de existencia, destacándose más la discrepancia en los dos grandes ciclos que por su índole especial parecen constituir dos mundos enteramente diversos, el mundo pagano y el mundo cristiano. El cotejo de los voluminosos pergaminos que encierran la historia de estos mundos, nos certifican de los encontrados pareceres que se descubren en todas sus etapas, en sus creencias, costumbres, instituciones, etc., en una palabra, en todas las realizaciones tanto de la vida pública como privada, y por tanto discrepancia notable surgirá en el problema que manejamos, diverso será pues el concepto que del trabajo opondrán los que adoran la humilde cuna de Belén y los que las fantásticas moradas del Olimpo de flores é incienso condecoraron.

II.

El hombre, como poco há hemos insinuado, impelido por la fuerza de la necesidad, pone en ejercicio las facultades aptas para el logro de lo que trata de realizar, ó lo que es lo mismo, trabaja para acallar las voces de su exigente naturaleza. Mas cualquier trabajo del hombre, toda vez que casi siempre lo ejecuta por medio del cuerpo, se le apellida comunmente corporal; si bien, como no sólo consta de materia, pero al mismo tiempo su parte inmaterial y racional es la que le distingue de los otros séres animados y forma el complemento del sér más noble que el azulado firmamento cobija, cabe establecer una distinción en el trabajo del hombre.

Todo trabajo que los brutos ejecutan es meramente corporal y lo verifican llevados de ese instinto irresistible de que el Supremo Hacedor les ha dotado para realizar los fines de su existencia. Mas el trabajo del hombre no responde únicamente al instinto de conservación, no son las fuerzas corporales las que meramente lo impulsan, sino que la inteligencia constituye su norte y bajo su dirección las demás facultades cumplen la misión que les está prefijada. Pero dominando en cierta clase de trabajos los elementos del cuerpo y en otros los de la inteligencia, los economistas se hallan contestes en establecer una división en el trabajo del hombre y así vienen llamando á aquéllos, trabajos corporales ó mecánicos como los del ebanista, carpintero, albañil, etc., y á éstos, liberales ó intelectuales como los del abogado, médico, ingeniero y otros.

En ambas especies de trabajo han puesto su atención los críticos para apreciar su modo de ser y dar el fallo acerca del concepto que merecen, pero principalmente ha preocupado á los pensadores el trabajo corporal, ya por ser elemento necesario de nuestra terrenal existencia, ya porque á él se consagra el mayor número de los hombres, ya porque en todo tiempo ha dado origen á grandes sacudimientos sociales. Y nosotros, aunque por la índole del asunto que ventilamos podríamos prescindir de la indicada división, no obstante, bien por las

antedichas causas, bien porque del exámen del trabajo mecánico se destaca con mayor evidencia el concepto que cabe dar del trabajo en general, nos concretaremos al escrutinio del mecánico, suponiendo en el intelectual el mismo concepto que fijemos acerca de aquél.

Al iniciar este breve escrito, hemos insinuado que donde mayor discrepancia déjase notar en el concepto del trabajo, es entre el paganismo y el cristianismo; y efectivamente, no podía suceder de otro modo, puesto que formando las indicadas religiones un cuerpo de doctrina que como dos polos opuestos discrepan en todas sus fases, necesariamente habrán de surgir contrarios principios en el problema más intrincado de las cuestiones sociales.

Imbuidos los prosélitos de Júpiter Olímpico de ideas materialistas, erróneos principios y presumidas doctrinas, concretaban la dignidad del hombre al rango del sacerdocio, al influjo avasallador de la fuerza y al brillo de inmensas riquezas, siendo tenidos por esclavos viles los que de tales elementos carecían, cuyos individuos, según el absurdo criterio del gentilismo, no eran más que una raza de séres degradados á quienes la caprichosa naturaleza había despojado de los derechos de la personalidad humana.

Tamañas aberraciones eran una consecuencia tan lógica como práctica de sus creencias: aunque presumían que su religión les deparaba una segunda vida en las moradas de Urano para la recompensa del bien ó en las de Plutón para fustigar al mal, esto sólo era asequible á aquellos á quienes la naturaleza habia condecorado con los elementos ántes indicados, y á los que de ellos se hallaban excluidos no se les prefijaba otra mansión, finalizada esta vida, que las tenebrosas y oscuras regiones del Orco, único destino que concedían á los brutos, acaso en más estima tenidos que los mismos esclavos. Y ved ahí á esos infelices que dotados por la naturaleza de plena libertad, lo mismo que sus crueles opresores, efecto de las depravadas costumbres de aquellos tiempos, se les despoja por el derecho de gentes de toda dignidad humana, quedando desde entonces reducidos á los séres más viles y despreciables que la tierra vo-

mita, mirados en la misma categoría que los demás animales, y uncidos á idénticos servicios que éstos cuando no á otros más degradantes, como nos refiere el malogrado Ozanan en su obra *La Civilization au cinquièm siècle*, al decir que «acostumbraban servirse de los esclavos para saciar las pasiones más lúbricas, para ensayar los venenos, como hacía Cleopatra, ó para alimentar las lampreas, como Asimo Polión.» Ya fuesen de robusta constitución ó de efímero temperamento les era forzoso soportar el durísimo yugo de toda clase de trabajo manual, aún el más oneroso y que á cada paso comprometía su mísera existencia. En cambio, el hombre libre, prefiriendo el estruendo de los combates, las agitaciones de la política ó la ébria holganza de los circos, sentía horror á toda especie de trabajo corporal y con un refinamiento de crueldad que no concibe nuestra civilizacion, torturaba al infeliz esclavo que sintiéndose morir de hambre y de fatiga, no tuvo más lecho de muerte que la isla del Tiber, en donde por irrisión se le arrojaba á los piés de Esculapio, padre de la medicina

Nada más á propósito para testificar estas locuciones que las elocuentes palabras del célebre orador el P. Lacordaire, al hacer sus comentarios sobre el modo cómo se apreciaba el trabajo ántes de la predicación del Evangelio. «La esclavitud, comenta, era la condicion general del pobre; es decir, que privado éste del dominio general de la tierra, se le había despojado tambien de todo derecho á su propio trabajo. El rico habia dicho al pobre: yo soy dueño del suelo; es necesario que lo sea de tu trabajo, sin el cual no produciria nada la tierra. El suelo y el trabajo no forman más que una cosa. Yo no quiero trabajar porque esto me fatiga; y no quiero tratar contigo, porque esto sería reconocerte igual á mí y cederte una parte de mi propiedad á cambio de tus sudores.»

Hé aquí el lamentable estado de aquella sociedad, ved ahí la ominosa situación del trabajador, la degradante presunción del rico, el erróneo concepto del trabajo, que circunscribiéndolo al esclavo era el azote de los vencidos en la guerra ó en la fortuna y exclusivo lucro, á su vez, para las opulentas cla-

ses. Era el *va victis* de Breno, que media sociedad coronaba de laureles y lanzaba contra la otra media envuelta en las convulsiones de la agonía. Ni nos extraña este fenómeno del mundo antiguo, toda vez que lo susodicho no responde sino á las enseñanzas do se bebia la moralidad, faro y norte de la sociedad entera.

La Religión, en primer término, á quien no se la puede disputar el marcado influjo que sobre los hombres ejerce, impulsándoles por el cauce que sus principios trazan; la Religión, primordial elemento de moralidad, cuyas enseñanzas labran el bienestar de los pueblos, era en aquellos tiempos llama voz é invisible, cuyas falaces y absurdas doctrinas minaban por momentos y demolian el edificio social en todos sus órdenes; y por consiguiente, el trabajo, que léjos de elevarlo á la encumbrada categoría de órgano eficaz que llenando las necesidades del hombre le salva en el naufragio de la miseria, de piedra de toque para el fomento y prosperidad de las naciones y de base fundamental para constituir inalterable armonía en esta máquina del mundo que admiramos, quedaba ese mismo trabajo como marca de oprobio en la frente del menestral, y como aurífera mina que explotaba la soberbia y codicia del rico. ¿Y por qué nó? Si los mismos maestros y lumbreras de las ciencias en aquellos tiempos, léjos de regenerar á la corrompida sociedad por medio de su fecundo y peregrino ingenio, saturados de idénticos principios que sus coetáneos, aceleraban con sus máximas la inevitable ruina de aquellas gentes envueltas por el negro velo de la ignorancia y el fanatismo. ¿Pues no veis emanar de la mente de Aristóteles obcecadas locuciones como «que hay cierta clase de hombres que han nacido para esclavos y que por tanto la esclavitud es eterna?» Séneca se habia atrevido á expresar la opinión de que «los esclavos podían ser hombres como nosotros;» sin embargo, el preceptor de Neron poseía veinte mil esclavos, y no vemos que su estoicismo le haya inducido á conceder la libertad á uno sólo de ellos, como nos lo atestigua el citado Ozanan. La imperecedera fama que el esclarecido orador Cicerón habiase labrado, no se anublaba ante aquella pérvida sociedad al perorarle el

erróneo concepto de considerar impropio de los hombres libres determinados trabajos, debiendo recargarse éstos única y exclusivamente sobre los infelices esclavos, según el mismo orador nos lo trasfiere en su obra *De officiis*.

Y de tanta anomalía, aberraciones y dislates, ¿qué consecuencias habían de surgir? Calamitosas por demás. Siendo el trabajo elemento indispensable para la producción de la riqueza y abastecimiento de cuanto la humana naturaleza reclama, haciéndolo patrimonio exclusivo de determinada clase social y restringiendo á ésta además las atribuciones de trabajar donde quiera, como quiera, y en lo que quiera, una parálisis completa dominará á toda producción: agricultura, industria, comercio, artes, etc., y entonces el trabajo, lejos de constituir eficaz subsidio con que atender á las apremiantes exigencias de la naturaleza, será insoportable opresión para la humanidad. Tal era el equivocado concepto que el trabajo merecía á las obcecadas mentes de aquellos hijos de las tinieblas.

Si del terreno económico pasamos al de la moral, mucho más lamentables son las consecuencias que necesariamente han de emanar al considerar al trabajo como un baldón para la humanidad y no apreciándolo según las verdaderas ideas religiosas; ello nos lo testifica la humillante degradación del rico y aún más del pobre en los tiempos del paganismo, cuyas falaces doctrinas tan mal concepto formaban del trabajo y de las clases que lo ejercían. Así lo expresa el P. Lacordaire al decir que «el rico se había degradado á sí mismo, había degradado al pobre y nada comun existía entre estos dos miembros vivos, pero podridos de la humanidad. El rico ni siquiera sospechaba que debiese algo al pobre. Le había arrebatado todo derecho, toda dignidad, todo respeto de sí mismo, toda esperanza, todo recuerdo de origen comun y de fraternidad. Nadie pensaba en la instrucción del pobre, nadie en sus dolencias, nadie en su suerte.» ¿Y terminan aquí los ruinosos efectos de la inmoralidad del trabajo? El obrero esclavo, víctima de la dureza y desprecio en que le tiene su dueño, olvidando toda mira de autoridad, se levanta contra él en demanda de los derechos que le usurpa, y la violencia de uno y la

resistencia del otro, originan las grandes perturbaciones sociales de que se hallan plagadas las historias. Tales son las consecuencias, tales los ominosos efectos que resultan de trastocar los fines del trabajo por no conducirlo en el bagel del sano criterio que lleva por timon la verdadera idea religiosa, antes al contrario, déjasele navegar á merced de las encrespadas olas por el proceloso mar de la presunción y del fanatismo, segun caminaba en los tiempos de la esclavitud.

Si no es, pues, éste el verdadero concepto del trabajo, prosigamos sin demora nuestras investigaciones hasta encontrar otra región ó mundo diferente del que hemos peregrinado, donde admiremos que en el trabajo, la resignación del pobre y la caridad del rico elaboran su propia felicidad.

III.

En las precedentes páginas que acabamos de borrar hemos visto el lamentable estado en que se revolvía la envilecida Roma; ni era menor la depravación de su rival Grecia, y todo el mundo conocido que por entonces recibía la influencia de estos pueblos sentía al igual de los mismos una aversión innata, un odio profundo al trabajo, causa perenne de la opresión del pobre y del envilecimiento de las opulentas clases.

En vano el gobierno de los cónsules ingeniaba variados espectáculos en anfiteatros y circos para acallar el clamoreo de las masas en demanda de *panis et circenses*; en vano el acaudalado patricio presentaba á las feroces turbas sangrientos dramas con que aplacar los rencores de la devoradora miseria que presagiaba su ruina. Toda tentativa era ineficaz; los esfuerzos para restablecer el orden, completamente infructuosos. ¿Por qué no? si dejaban de aplicar á la herida el cauterio que demandaban; ¿y cómo lo habian de proporcionar si carecian del mismo? Por eso nunca cejaron las luchas entre patricios y plebeyos; los tribunos, al frente del insaciable populacho, arrebatában continuamente la paz á la ciudad de los Césares con sus frecuentes retiradas al Monte Sacro; los esclavos, oprimidos por el despotismo de los dueños, se levantaban tumultuosa-

mente á las órdenes de un Espartaco, cuya ferocidad sembraba los campos del Lacio con los cadáveres de los aguerridos tercios romanos. Y estas y otras múltiples agitaciones llevaban el espanto y la desolación con interminable anarquía á la corrompida Señora del mundo antiguo y con ella á sus vastos dominios.

Tan ruinoso estado no podía constituir la marcha normal de la humanidad, la artificiosa máquina del Universo, cuyas partes todas siguen sin alteración alguna el curso trazado al impulso del soplo divino, sufría contraste con las anormalidades de su primordial elemento, el hombre, cuyos desvaríos anublaban el hermoso panorama que ofrece el espectáculo de la naturaleza. Indispensable era, pues, que una gran evolución cambiase por completo el orden constitutivo de la triste tragedia que se presenciaba, fruto de la depravada voluntad del hombre. Mas transmutación de tal importancia que reviste el carácter de suma dificultad no podía realizarse por medios ordinarios; preciso era que una potencia extraordinaria de incommensurable capacidad removiese la palanca sobre la que descansaba aquella sociedad y con un soplo de vida regenerase su carcomido corazón y su depravada voluntad.

¿Y cuál había de ser esa potencia inusitada? ¡Ah! Imposible fuera otra que el Hombre-Dios que al descender de los Cielos con el presente de todas las virtudes y ofrecer en el Calvario la sangre de sus venas que mil mundos purifica, dió al hombre la libertad, la dignidad y la norma que le ha de conducir á su prefijado término.

Las enseñanzas del DIVINO PRECEPTOR, á la par que las instituciones sociales que de las mismas emanan, arrojaron torrentes de luz sobre la cuestión que ventilamos, sacando al trabajo, por consiguiente, del desprestigio en que lo había sumido la perversidad de los hombres y ennobleciéndole cual su naturaleza reclamaba.

Nos muestra JESUCRISTO en su doctrina que el trabajo es ineludible al hombre, cuya existencia se hace imposible sin aquél, pues todos los tesoros de la naturaleza se le habían cerrado al conculcar los designios del Criador y sin aplicar el yunque del

trabajo no brotarán jamás las fuentes do puedan saciarse las inagotables necesidades humanas; y el primero que nos señala el trabajo como base, fundamento y prosperidad de las naciones, es el OBRERO DE NAZARET. Mas á su vez nos advierte que todo el poderío y eficacia del trabajo han de quedar infructuosos cuando no lleven por norte el criterio de una sana moral.

Así purificado el trabajo veremos luchar al hombre con incansable afán contra los eriales de la naturaleza, abasteciendo de aquesté modo los vacíos de su física constitución; entónces admiraremos tambien los prodigios del trabajo contra las reveladas pasiones que tras obstinada lucha se amansan y sosiegan mientras la frente del hombre ciñe el laurel del triunfo.

Ved, pues, como siguiendo las huellas por el FUNDADOR del Cristianismo trazadas, el menestral verá en el trabajo un remedio seguro de su perenne necesidad que al propio tiempo le reporte armónico consorcio en la familia; y el rico á su vez, acrecentando su capital por medio del trabajo, encontrará en él inexpugnable valladar con que impedir la perniciosa corriente de los vicios, originada por la pérfida ociosidad. Y de esta suerte, aminorando el trabajo la miseria y oponiéndose al vandálico curso de corrompidas costumbres, el pobre y el rico, dándose el ósculo de paz, consumirán el propio bienestar y el del mundo entero.

Mas ¡oh desgraciada humanidad, cuán deplorable es tu desquiciamiento al hollar las acendradas máximas que plugo legarte Aquél que para tu regeneración se constituyó en Mártir del Gólgota; pues á medida que las dejas reposar en el caos del olvido, más ó ménos lentamente caminas hácia el abismo de tu degradación!

Registrar en los senos de nuestra memoria tales desvaríos y al propio tiempo estamparlos, oprime en verdad el corazón, y por más que nos repugne el confesarlo, ello es cierto que, desde que los hombres han dejado de recoger y saborear los ópimos frutos cuya semilla el celoso JARDINERO esparció, hemos vuelto al antiguo materialismo, y el trabajo queda sumido en el mismo desdén con que lo juzgaba el vituperable criterio

gentílico. Resultado de esto, las perniciosas consecuencias que necesariamente habían de surgir con la renovación de los antiguos dislates y por consiguiente la errónea interpretación que al concepto del trabajo se ha pretendido dar en nuestros días. Pues ¿qué nos indican esos continuos desenfrenos de la muchedumbre que tan aciagos momentos acarrearán á las naciones, sino la opresión del pobre por el rico, la explotación del trabajo, efecto todo ello de la esterilidad en sanas doctrinas religiosas? Los desafueros del pueblo francés en 1789 traducidos por torrentes de sangre y coronados con el suplicio de su malogrado Rey; los aterradores sucesos de la Commune en la citada república; el levantamiento de Irlanda, acaecido no mucho há; las horrendas y aún no cicatrizadas catástrofes que llenaron de luto nuestra pátria; finalmente, ese sordo rumor de amenaza constante que se percibe en las entrañas de la humana sociedad, ¿qué otra cosa significa sino la ausencia de las creencias católicas en el obrero cuyas iras rayan en ferocidad, y en el rico cuyas tiránicas ambiciones no consienten freno alguno?

¿Y cómo todo esto no ha de acontecer si aquellos mismos á quiénes incumbe sofocar el fuego de la revolución, con sus funestas teorías á manera de embreado combustible contribuyen á que aquél dilate por momentos su acción destructora? Algunos filósofos de nuestros tiempos, mayormente los corifeos de la moderna Economía anti-cristiana, al exponer sus teorías sobre el trabajo, colocan al hombre obrero en la degradante esfera del vil esclavo romano; así el economista Adam Smith, jefe de la escuela semi-materialista, en su obra intitulada *Investigaciones sobre la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones*, «no halla ni busca nada (en el concepto del ilustre Prelado de Córdoba, Fr. Ceferino Gonzalez) para impedir la degradación moral del hombre; no parece preocuparle en lo más mínimo la suerte de esa clase infortunada de obreros que caminan rápidamente al embrutecimiento y la inmoralidad, sepultados en las fábricas y talleres; en una palabra, en la teoría de Smith, el hombre moral y religioso no significa nada, y desaparece por completo ante el hombre material,

ante el hombre máquina, ante el hombre productor de riqueza. Por eso vemos á los partidarios de su escuela definir al hombre: un capital acumulado que no tiene valor sino según la masa de este capital en el interés de la producción (1).

Mas como quiera que los hijos de las tinieblas no han de prevalecer sobre los hijos de la luz, como nunca el error ha de supeditar á la verdad, levántanse en vindicación de ésta, notables plumas, cuya erudición contrasta y nubla las sutilezas de la moderna filosofía. Ved sino, á un M. Perin luchar con incansable celo en las escogidas páginas de su obra *La riqueza en las sociedades cristianas*; no ménos aguza su mente en pró de católicas teorías sobre la cuestión que ventilamos, M. Le Play, como lo demuestran sus brillantes escritos, entre ellos *La reforma social*, y varias obras sobre el estado de las familias y la situación de las clases obreras en Francia; pálidas son mis frases para encomiar á Alvan de Villeneuve en su *Economía político-cristiana*: y así por el mismo tenor iríamos transcribiendo escogida série de eminentes publicistas que aguzando su inteligencia con teorías económico-católicas, elevan al trabajo á la encumbrada categoría que merece por su benéfica influencia en todos los órdenes sociales, por lo que exclama el ilustre Fr. Ceferino Gonzalez: «es el trabajo una ley universal y divina, como una ley santificante que conduce á Dios y á la vida eterna y como condición de la dignidad y libertad humanas.»

Luego si al trabajo no se le reconoce en todos tiempos la reputación que en él cabe; si no ha ejercido siempre el marcado influjo de que es susceptible, lo anteriormente indicado nos demuestra que ello no es debido al modo de sér del trabajo; no es porque degrade al que lo ejecuta, ántes al contrario, lo ennoblece, sino que esto responde á la intemperancia de aquellas inteligencias que aisladas de la sana moral déjense arrastrar por la corriente de la filosofía materialista.

Empiécese, pues, por modelar en las máximas del Evan-

(1) Fr. Ceferino Gonzalez. Estudios religiosos, filosóficos, científicos y sociales. Tomo II.

gelio el corazón é inteligencia de aquellos que manejan las riendas de la sociedad, así como de los que son los árbitros del capital y del obrero, y entonces no habrá motivo para que con harto sentimiento profieran los labios de Fenelón que «el orgullo y malicia de ciertos hombres son los que arrastran á tantos otros á una extrema pobreza.» Las revoluciones sociales en su mayor parte, responden á la insaciable codicia, al relajamiento de las costumbres del acaudalado, que necesariamente se han de reflejar en los que radican bajo su jurisdicción. Por consiguiente, si tanto los dueños de las fábricas como los jefes de cualquier establecimiento, ya los que se hallan al frente de alguna corporación como los que dirigen determinada empresa, en una palabra, si todos aquellos que se encuentran investidos de alguna autoridad procurasen beber en las salutíferas aguas del Catolicismo, la sociedad toda veríase exenta de deplorar los infortunios por que atraviesa.

No se eche tampoco de ménos la verdadera educación del menestral, que es el complemento de la educación del rico para los fines sociales, pues ambos adunándose forman como una sola personalidad, cuyas íntimas relaciones constituyen su perenne bienestar. «¡Oh si los gobiernos y los pueblos, dice el Prelado cordobés, atendieran con preferencia á la instrucción moral y cristiana de las clases obreras, si cuidaran de formar su corazón en las virtudes cristianas ántes de sepultarlos en las fábricas y talleres que se convierten para el mayor número de estos desgraciados en escuelas de inmoralidad y corrupción...; sin duda que el problema del pauperismo no se alzaría tan amenazador y desconsolante para la sociedad y para la Religión.» Y en otro lugar añade: «El obrero morigerado, el obrero cristiano que posee educación moral y religiosa será amigo del trabajo, del orden y de la frugalidad.»

No vacilemos, pues, en afirmar que, el trabajador, revestido de las indicadas cualidades, con nobleza y dignidad llenará su misión: conforme á los deberes que su oficio le prescribe atenderá de una manera fiel á las aspiraciones de su dueño; acrecentará el capital de éste y el propio; su morada veráse abastecida de los utensilios que la necesidad reclama, y la sa-

tisfacción de las exigencias físicas aportará á su atribulado corazón la tan anhelada bonanza y con ella armónico concierto y felicidad á la familia. Además el rico, á la vez que el trabajo le proporcionará pingües recompensas, verá exento de deplorar los perniciosos resultados que acarrea su misión, pues al propio tiempo que le ofusca la inteligencia y deprava la voluntad, enerva sus físicas facultades; y por otra parte, respondiendo á los buenos servicios del obrero, á la par que le colmará de exquisitos dones, guiado por inspiraciones católicas, no verá en él una máquina ó un mero productor de riquezas, como lo califica el moderno materialismo, sino que en la persona del obrero contemplará á un hermano, á un fiel amigo, á un discreto compañero que, soldado del trabajo, le ayuda á soportar los infortunios de esta vida, labrándose ambos á dos la propia felicidad y coadyuvando á sostener en perpétuo equilibrio el edificio social. Y de este modo veremos palmaria-mente demostrado en la práctica que el trabajo, á los ojos del Catolicismo, constituye el *antídoto de la inmoralidad y el lenitivo de la miseria*.

JOSÉ MOLTÓ Y PASCUAL.

LOS PARÁSITOS.

(Continuación.)

--La verdad, es verdad siempre.

—Pero hay ocasiones en que el mundo no la aprecia, ni la opinión la cotiza, ni el público la cree.

—No importa, Lorenzo; los que la conocemos, pocos ó muchos, estamos obligados á rendirla culto, y bien sabe V. que la verdad es que Julia no puede casarse con ese hombre.

—¿Por qué?... ¿por qué no le quiere? ¿Será acaso la primer mujer que se ha casado con un hombre á quien no ama?

—Ya sería un mal, y con efecto siempre es un mal que eso suceda, pero aquí sucede otra cosa mucho peor....

—¡Que quiere á otro! Tampoco, si V me apura, ese es caso nuevo... ¡Que quiere á otro! V., Sofía, juzga al mundo en que vive por si misma. ¡Cuántos y cuántos podría yo citar que han pronunciado ante Dios y los hombres un *sí* más sacrilego y embustero que el que Julia dará uno de estos dias, á pesar de la generosa y honrada intervención de V. en un asunto que, despues de todo, valdría más dejase en manos de una divinidad, á la que de seguro V. no rinde culto, pero en la cual, yo más pecador que V., tengo todavía mucha confianza!

—¿Cómo llama V. á esa deidad misteriosa?

—Yo la llamo la casualidad.

—Mas valdría que la llamase V. Providencia, y acaso nos entenderíamos y podríamos, sin inconveniente, encomendar-nos á ella, haciendo, por su puesto, lo posible para ayudarla.

—No deseo otra cosa, y siempre que V. me indique el medio, me tiene á sus órdenes.

—Lo primero que necesita V. es enterarse de la situación. El Marqués... de alguna manera hemos de llamarle....

—Por mí, llámele V. como quiera.

—El Marqués hizo anoche su petición en forma. Habló á mi tia... ya conoce V. el estilo de ambos personajes. El lo tenia previsto, arreglado y concertado todo. Plazo, fecha, detalles y accidentes de la ceremonia, padrinos, mueblaje, *trousseau*, y hasta número de convidados á la fiesta; itinerario del viaje de boda y *menú* del banquete nupcial.

—Su tía de V. conformidad absoluta... suave sonrisa aprobatoria y carta blanca para disponer las cosas á su antojo... sin embargo, no me sorprendería que hubiera surgido entre ambos una disidencia importante... por ejemplo; la de empeñarse el uno en encargarse las galas á París, y sostener el otro que sólo en Lóndres reside á la presente fecha el emporio de la elegancia y del buen gusto.

—Pues ni siquiera en eso anduvieron discordes

—Más vale así; la unanimidad es conveniente, áun cuando se trate de hacer disparates. ¿Julia tendría, por supuesto, noticia del paso que daba su futuro?

—Así lo creo. Nunca la he visto más contenta... al parecer al ménos; rió, bromeó y divirtió grandemente con sus ocurrencias y chistes á toda la tertulia.

—¿Bueno, y hoy?

—Hoy... hoy., se ha pasado llorando todo el dia.

—¡Llorando! sí; tampoco me sorprende—respondió Lorenzo más preocupado de lo que quería aparentar,—tampoco me sorprende, pero es triste. ., muy triste; ¡pobre niña! y usted—añadió despues de breve pausa—¿no ha logrado comunicarse con ella? ¿no ha obtenido Vd. ni una confidencia, ni una palabra, ni siquiera una promesa?

—No, Lorenzo, no; ya sabe Vd. cuál es su carácter. Con los que quiere, lo mismo que con los que ódia, Julia es siempre reservada, cautelosa y suspicáz; puede entregar su corazon, pero jamás á nadie, ni por nada ha hecho abandono de su albedrío.

—Pero en fin, con su voluntad ó á pesar suyo, ello es que

hay que hacer algo, inventar ó intentar algo para salvarla.

—Evidentemente.

—¿Esa boda?...

—Mucho me temo que sea imposible descomponerla, ni siquiera aplazarla.

—¿Qué hacer entónces?

—Créame Vd.; lo mejor es que aceptemos la situacion tal como viene, toda vez que la responsabilidad de lo que sucede no nos alcanza.

—¿Declararnos vencidos? ¿No luchar contra esa realidad estúpida que á sabiendas de que no vá á producir más que desdichas, se acepta friamente, por desidia, por pereza... acaso por despecho?... ¡eso nunca! ¿Y para proponerme tales cosas me ha llamado Vd? De saberlo no vengo, y sigo trabajando por cuenta propia sin consultarle á Vd. siquiera sobre mis trabajos.

—¿Pero Vd. tiene todavía esperanza despues de lo que ha pasado, despues de la ausencia de Juan Antonio, despues de su conducta y sobre todo, despues de los compromisos contraidos por Julia, de que ella y él?... ¡imposible!... no hay que pensar en eso.

—Al contrario, hay que pensar, ahora más que nunca, por lo mismo que ellos que son los principales interesados en el asunto, no piensan en él ni mucho ni poco, ó si piensan no se les ocurre más que tonterías.

—¿Pero no me ha dicho V. que cien veces ha oido á su amigo que era imposible .. imposible, que sériamente pretendiera á Julia, que nunca solicitaria su mano, que él no podía .. así en redondo... que no podia pensar en casarse y que estaba decidido á no hacerlo? ¿No me ha explicado V. así su irresolución, su desvío y su conducta?

—Sí que lo he dicho.

—Pues entonces... y dado que las cosas han llegado al extremo en que hoy por desgracia las vemos, ¿cómo quiere usted suspender esta boda ni aplazarla siquiera, no sustituyéndola por pretensiones formales, por una petición en regla, en una palabra, por otra boda? ¿Qué se diría en Madrid, ni qué

disculpa abonaría á mi prima, á los ojos del mundo, si sólo por un devaneo, que á nada sério, ni formal, ni aun decoroso puede conducir, que ni siquiera, vergüenza dá el decirlo, se acepta por la otra parte como situación definitiva, faltase á solemnes compromisos, retirase su palabra y, en fin, perdiese novio, posición y hasta buen nombre sin merecer en cambio ni recompensa, ni agradecimiento?

—¿V. tiene fé en mí?

—Como en mí misma, si sólo se tratase de su buena voluntad de V.

—Pero en lo que se refiere á mis medios y recursos de acción no es V. tan confiada.

—Confieso que no tanto... á menos que no me diese usted alguna prueba, que hasta la fecha no he obtenido, de que esos recursos no son ilusorios, sino conducentes y eficaces al fin que V. y yo nos proponemos.

—Acaso pueda darle á V. esa prueba antes de lo que usted se imagina.

—Pronto tiene que ser para que produzca efecto. Ya le he dicho á V. que el tiempo urge.

—¡El tiempo... el tiempo! no hay nada más elástico ni que más fácilmente se preste á servir á los sucesos cuando estos se preparan con habilidad y discreción, y yo... modestia aparte, me precio en la ocasión presente de disponerlos de ese modo.

—¿Tiene V. á su disposición los sucesos para remediar lo irremediable y variar á su antojo el curso de las cosas?

—Tal vez.

—¿Se puede saber por qué medios?

—Ese es mi secreto.

—¡Ay, Lorenzo! no estamos ahora para secretos. Mucho me temo que su buena amistad le engañe ó le ciegue.

—Pero en fin, engañeme ó nó, ¿V. tiene á la mano algun medio para salir de esta situación?

—Ninguno.

—¿V. ha pensado alguna cosa, ha discurrido algun plan que crea infalible, ó por lo ménos utilizable para el caso?

—Confieso llanamente que nada se me ocurre, que lo doy todo por perdido y que le he llamado á V. más que para consultarle y pedirle consejo para consolarme con V. de la esterilidad absoluta de mi voluntad en lo tocante á resolver este problema.

—Bueno, pues, una vez que V. se declara vencida, déjeme V. á mí por mi cuenta intentar algo.

—No hay inconveniente, si como creo... y V. dispense la forma condicional con que me expreso, lo que V. intenta es digno de V. y de todos.

—No tema V. ofenderme, Julia, pero... ¿dudará V. de mi palabra?

—Nunca he dudado.

—Pues bien, yo empeño á V. mi palabra de honor, que no haré ni por Juan Antonio ni por Julia, nada que no deba hacerse, nada que no hiciera por V. ó por mí, y... permítame V. que no diga más; déjeme V. para mí este secreto, no por lo que tiene de tal, que si eso sólo fuera, V. le guardaria tan bien como yo, sino por lo que acaso tiene de ilusion ó de esperanza que V. no debe compartir conmigo por... por lo que pudiera suceder. Y ahora—añadió levantándose y estrechando no sin cierta emocion la mano de Sofia—ahora me voy, me voy á trabajar desde ahora mismo. De todo tendrá V. conocimiento á su tiempo, y acaso, acaso en todo tendrá V. la participacion que merece.

—¡Adios!—dijo Sofia—ojalá no se equivoque V. y sea todavía tiempo para hacer algo... nada hay más contagioso que el entusiasmo, y le confieso á V. que despues de oírle, quedo á pesar mio más animosa y esperanzada.

—¡Veremos... veremos... quién sabe!—exclamó Lorenzo abandonando la galería—por lo ménos no nos despediremos del combate sin haber disparado el último cartucho.

(Se continuará.)

FÁBULA.

EL RUISEÑOR Y EL GANSO.

Una noche serena,
 entonaba su dulce cantilena
 un ruiseñor, oculto entre el ramaje
 de una selva de pájaros poblada,
 admiradores de su voz amena;
 y un ganso, que tenía su morada
 cerca de aquel paraje,
 así á los suyos con desdén decía:
 —«No he podido explicarme todavía
 por qué se estima en tanto
 del ruiseñor el canto.
 Sostienen que su voz es armoniosa...
 Supongamos que vale alguna cosa
 (aunque á mí, la verdad, no me complace);
 pero él, ¿se dá razón de lo que hace?
 ¡Qué se ha de dar! Si dicen, y lo creo,
 que no sabe palabra de solfeo.»--
 Nada oyó de la crítica indigesta
 el ruiseñor, en torno revolando
 del dulce sér que inspiración le presta;
 pero dió sin oír digna respuesta
 al crítico cruel: siguió cantando.

CÁRLOS COELLO.

CRÓNICA POLÍTICA

DEL INTERIOR Y DEL EXTRANJERO.

¡La mano negra! ¡Qué tema tan socorrido para los políticos romancistas y practicones, qué asunto para ensayar sus plumas los periodistas, incipientes, qué mina para los noticieros y qué gran vergüenza para el país!

No vamos nosotros á arrojar todo el peso de los tristes sucesos de Andalucía sobre los hombros del Gobierno. Achaque es este comun á todas las oposiciones, y nosotros que, á Dios gracias, no somos ministeriales tampoco somos ¡Dios nos libre de ello! opositoristas matriculados. ¡Ni cómo habíamos de ser tan injustos que atribuyéramos precisamente á este Gobierno, y no á los que le han precedido la existencia, el desarrollo y la vitalidad de esa terrible plaga del socialismo que no habria podido propagarse y echar hondas raíces sin el concurso de multitud de causas, no todas por cierto políticas, sin la sucesión de largos años, sin la impunidad complaciente en que ha vivido; en una palabra, sin la atmósfera moral que el estado de nuestra sociedad la ha creado!

Si en todos los países, aun en aquellos en que la población excede con mucho á los medios naturales de subsistencia el problema social no se presenta nunca sino acompañado, mejor diríamos precedido de un problema moral ó político, ¡que no será en España, que no será precisamente en esas riquísimas y despobladas provincias meridionales donde para todas las industrias, incluso para la agrícola, faltan brazos en vez de sobrar, donde la tierra favorecida por el clima produce por lo general abundantísimos frutos, donde un cielo benigno, una costa extensa, un sol espléndido, y unas costumbres relativamente frugales deberian hacer, no sólo fácil, sino hasta risueña la existencia de todo aquel que considerara la vida, no con la envidiosa pasión del anarquista, sino con la humilde y resignada tranquilidad del cristiano!

Daria risa, si no causara profunda pena, oír hablar de problema social, de reparto indebido de tierras, de organización viciosa de la propiedad en una comarca que, como la de Jerez comprende cuarenta leguas de término, cruzada de caminos de todo género, llena de explotaciones que mantienen constantemente una considerable población, donde los jornales conservan un precio medio más alto acaso que en ninguna de España, donde hay industrias importantes que pueden dar ocupación á muchos brazos, y donde en fin, lejos de conocerse la emigración, se sostiene y se paga durante una época del año la inmigración de otras provincias que, como las gallegas, por ejemplo, envían atravesando toda España á sus hijos para que recojan las migajas que sobran en el opulento solar andaluz.

No, no es el hambre, por lo ménos el hambre de pan, lo que incita á aperadores y gañanes, á cortijeros y á mozos de mulas y hasta á sabiondos y holgazanes, veterinarios y maestros, á afiliarse en oscuras y tenebrosas germanías, á lanzar decretos de exterminio contra el amo que los protege, contra el hogar en que nacieron y contra los frutos de la tierra

que les sustenta, sino esa otra hambre más exigente y más tiránica que han despertado en su inteligencia la ambición y el placer, el afán inmoderado de goces, la envidia contra el rico, el desprecio de su humilde traje y de su vida tranquila; en una palabra, todos los apetitos y malas pasiones con que la vida moderna no regida ni gobernada por altas leyes religiosas ni morales ha hecho del pobre, no un hermano, sino un enemigo del rico.

Y esto, lo repetimos, no se ha hecho en un día, sino que ha sido obra de muchos años empleados en amontonar materiales que hoy al verlos agrupados con arte, nos parece imposible que hayan podido trasportarse hasta allí, y más imposible todavía que se pretenda levantar con ellos el edificio social que pretende sustituir al antiguo.

Pero si sería injusto atribuir al actual Gobierno una participación inicial en los desórdenes que lamentamos, bueno será advertirle que por el camino que lleva, lejos de remediar el mal sólo conseguirá agravarle.

De poco sirve que en Andalucía persiga implacablemente, no sólo los hechos criminales, sino la causa moral que los produce, si en el resto de España no ataja esas causas con mano fuerte antes de que se conviertan en agentes de asociaciones como la de *La mano negra*.

Si las ideas socialistas, anárquicas y revolucionarias, ó lo que es igual anti-religiosas; si el principio de rebelion que, empezando por negar á Dios, concluye por negar al alcalde, al burgués ó al guardia civil, son principios lícitos, que lícitamente y al amparo de las leyes, pueden hacer lenta y segura propaganda, los procesados de Arcos, de Jerez y de Cádiz, no serán criminales, sino mártires, y no se vence ni se ha vencido nunca una causa popular por mala que sea elevando á la categoría de martirio lo que ha de ser en realidad un acto de justicia.

Y la justicia exige, que una de dos, ó se ponga en libertad á los asociados de *La mano negra*, ó que se lleven á la cárcel á hacerlos compañía las falsas enseñanzas, los falsos principios y las malas ideas que los han hecho criminales.

Parece imposible que ante hechos tan graves, más que por lo que son por el estado social que acusan, no se preocupen los Gobiernos ni el país se agite, ni por los medios legales se abra camino la opinión para tomar aquellas medidas ó adoptar aquellos procedimientos ó siquiera hacer aquellas protestas que brotan de todos los labios y de todos los corazones cuando se ponen al descubierto llagas tan profundas é incurables.

Pero no; es sin duda, más importante por ejemplo, discutir sobre el tema bizantino de las incompatibilidades parlamentarias á sabiendas de que toda discusión de esta índole ha de ser estéril, y excusada por la razón sencilla de que el día que la incompatibilidad logre carta de naturaleza entre nosotros, se habrá concluido el parlamentarismo tal como le hemos conocido y practicado, y seguiremos practicándole, unas veces con políticos de *término* como el general Lopez Dominguez, y otras con políticos de *entrada* como su preopinante y contradictor Sr. Cañamaque.

La naturalidad, mejor dicho, el naturalismo del joven diputado, no logró tampoco conmover las fibras de la mayoría ni aún de la minoría de la Cámara, que salvo la enérgica y oportuna protesta del Sr. Silvela, no halló nada que decir contra el alegato en forma, presentado en favor de la *carrera política* por dicho padre de la patria.

Solo le faltó hablar de los derechos adquiridos, del pago de matrícu-

las y del coste de los libros de texto para que su informe fuera completo y la *clase* quedara reconocida á la defensa de sus intereses profesionales.

Hablar, aunque por incidencia, del general Lopez Dominguez, y no hablar de la izquierda, fuera pecado indisciplinable, y eso que de las cosas de la izquierda, francamente lo confesamos, cada vez en tendemos menos y hasta pudiéramos decir que respecto de asunto tan complicado y oscuro, ni sabemos dónde tenemos la mano derecha.

El domingo, que fué por cierto día de reuniones, como que casi á la misma hora deliberaban los amigos del Duque de la Torre, los librecambistas y los obreros de la federación española, tuvo lugar la anunciada conferencia de los izquierdistas.

Aunque los órganos (más ó menos afinados) de la descompuesta fracción, aseguran que reinó en ella la más envidiable unanimidad, es lo cierto que ya se anuncia nueva reunión que ha de verificarse en el salón de presupuestos del Congreso, y que hasta entónces no es cosa segura ni averiguada la constitución definitiva del famoso directorio que ha de presidir, dirigir ó adoctrinar al partido.

Hay quien prefiera la dirección unipersonal, y quien proclama las ventajas de la dirección colectiva. Un triunvirato parece mucho lujo, y una comisión de notables, tratándose de un partido en que casi todos sus individuos lo son, parece también mucha gente, ó como diría un antiguo progresista, un encéfalo demasiado voluminoso.

Lo que sí es indudable, es que ni con directorio ni sin él, ni con triunviros ni con decenviros podrá la izquierda concertar y satisfacer á las dos ó tres tendencias que en ella dominan, y que hábilmente maneja ó explota su censor ú obstáculo tradicional el ex-tribuno de la plebe, Cristino Martos.

Tendencia guerrera y batallona con disparo de principios y dogmas democráticos representada por Montero Rios.

Tendencia conciliadora y prudente, patrocinada por Moret.

Tendencia hostil, pero puramente parlamentaria y burocrática, de Navarro y Rodrigo y su hueste.

Son muchas opiniones para un partido pequeño ó muchas pequeñeces tratándose de tan grandes hombres.

El lunes fué un gran día. El Sr. Pelayo Cuesta dió al público, con toda felicidad, sus presupuestos.

El tiempo y el espacio nos faltan para aventurarnos en aquella sabia combinación de guarismos, de los que sólo hemos sacado esta conclusión satisfactoria:

Que el Sr. Cuesta nos va á salir más barato que su antecesor Camacho.

Lejos de afligirnos con la perspectiva de un déficit ilumina el horizonte financiero con un sobrante de siete millones.

Pero toda la satisfacción que nos causa este portentoso hallazgo, no nos impide hacer la siguiente reflexión: ¿dónde estaban esos siete millones que no logró descubrirlos el anterior ministro de Hacienda?

En pocas cuestiones se ha manifestado de una manera más clara y evidente la profunda division, mejor diremos la total carencia de disciplina que trabaja á la mayoría que en la discusion y votacion del proyec-

to de primeras materias que quedó ayer prejuzgado con desecharse por 110 votos contra 79 la enmienda del Sr. Llausat.

El Gobierno, que no se atrevió á declararla cuestion de Gabinete y que permaneció callado durante la mayor parte de la sesion, declaró á la postre por boca del ministro de Hacienda, que *si bien* no consideraba política la cuestion, *deseaba* que la Cámara votase íntegramente el proyecto.

Esto produjo protestas, gritos y confusion general, tanto en las filas oposicionistas, como en los bancos de la mayoría, que no olvida las rudas lecciones y la especie de magisterio que sobre ella ha querido ejercer la caustica y habilidosa palabra del Sr. Mártoz.

Es preciso demostrar á este personaje que las jefaturas, aunque sean puramente platónicas y honestas, no se recogen de enmedio de la Cámara como si estuviesen en el arroyo, aunque allí las deje perdidas el que debia ejercerlas, y en su consecuencia la mayoría y no sólo la mayoría sino hasta el Gobierno, se divide al tiempo de la votacion, ya votando en contra personalidades tan importantes como los Sres. Candau, Balaguer, Cassola, Mansi, Chinchilla, Avila, Ruano, Quiroga y otros ministeriales hasta el número de 48; sino absteniéndose de votar los señores marqués de la Vega de Armijo, Navarro Rodrigo y Alonso Martinez; es decir, los jefes más caracterizados del constitucionalismo gubernamental.

En resumen; que la votacion despues de las palabras del señor ministro de Hacienda, puede considerarse como una derrota para el Gobierno.

—«Ciudadanos, si teneis hambre, tomad pan; pero no hagais daño á los panaderos.»—

Esta exhortación de la musa internacionalista, de la elocuente y popular Luisa Michel, dirigida á los amotinados de la esplanada de los Inválidos, pinta con bastante exactitud la verdadera fisonomia del motin parisien del 9 del corriente, renovado con peor intención, pero con ménos fuerza, el pasado domingo.

Periódicos y correspondencias convienen unánimes en que las manifestaciones anarquistas ni eran obra de partido alguno determinado, ni siquiera estaban organizadas, dirigidas ni presididas por individuos de relativa importancia ó de popularidad reconocida entre los manifestantes.

Estos, más que un acto de fuerza, querian realizar una manifestación de cierta importancia, una revista ó alarde hasta cierto punto pacífico, una especie de solicitud ó memorial presentado á los hombres de la república para recordarles, no la revisión constitucional, sino el cumplimiento de promesas más sustanciosas y positivas.

La paralización de los trabajos de edificación era, por decirlo así, un pretexto; el motivo verdadero tenia un carácter más general y comprensivo que podria condensarse en una sola palabra: ¡el hambre!

Por eso deciamos que la exhortación de Luisa Michel tenía su filosofia. —«Tomaos el pan... pero no maltrateis á los panaderos.»—

Pero los grandes panaderos de la República, es decir, los agitadores y vividores que salidos del sufragio universal no conocen en la calle al soberano que les elevó á sus consejos, cuando este soberano tiene el atrevimiento de pedirles un pedazo de pan, no entienden de chanzas y han desplegado, como es uso y costumbre de todos los revolucionarios bien comidos, gran lujo de represión contra los revolucionarios en ayunas.

No bastando la policia para disolver los grupos el dia 9, los guardias municipales á caballo dieron sus correspondientes cargas por plazas y por calles, produciendo los naturales sustos, contusiones, atropellos y hasta heridas. Por la noche numerosas patrullas recorrieron Paris en todas direcciones y por el momento la tranquilidad material se ha restablecido, esperándose sin embargo de un momento á otros nuevos trastornos.

Como en todas las asonadas puramente populares, tan distintas de las verdaderas revoluciones, como la opinión pública suele estarlo de la voluntad nacional, la ausencia de jefes ha caracterizado el movimiento, que de otro modo, por la afluencia de gente y la excitación de los ánimos, hubiera podido tener peores resultados.

Se calcula aproximadamente en veinte mil el número de personas que tomaron parte en esta manifestación de los obreros sin trabajo, que bien puede calificarse de *Primera Jornada de la revolución social*.

Es achaque comun en todos los revolucionarios de Gobierno cuando se ven sorprendidos por las caricias de cualquier *mano negra* acusar á la *mano oculta* de atizadora ó favorecedora de los desórdenes, y así hemos visto que las autoridades francesas y sus órganos en la prensa han pretendido hacer responsables á los conservadores y monárquicos de los sucesos del 9 y del 11 del corriente.

Y no se han limitado á decirlo ó á indicarlo, sinó que sea casualidad, sea propósito deliberado, los agentes de la autoridad que en aquella multitud de alborotadores indefensos no encontraron dignos de ser detenidos más que *veintidos* individuos, entre los cuales, cerca de la mitad son jóvenes menores de veinticinco años, encontraron, sin embargo, medios para detener arbitrariamente á Mr. Feuillant, redactor del *Gaulois* y al conde de Keratry, antiguo prefecto de policia en el Gobierno de la Defensa Nacional, ambos pacíficos ciudadanos que se dirigian á sus domicilios ó á sus negocios el primer dia del tumulto.

Mr. de Keratry, justamente ofendido, ha protestado ante el Procurador de la República en un enérgico escrito, de la violencia de que ha sido víctima.

Es curioso el anuncio-proclama que el comité directivo de la manifestación de los obreros sin trabajo colocó el dia 9 en todas las esquinas de Paris despues de haber hecho una tirada de dos mil ejemplares próximamente.

Decia así traducido literalmente:

«Gran *meeting* público, al aire libre, en la explanada de los Inválidos el viernes 9 de Marzo de 1883 á las dos de la tarde.

»*Orden del dia*.

«Invitado el Gobierno á tomar inmediatas medidas para dar pan y trabajo á los que no lo tienen:

«Camaradas: En vista de la paralización de trabajo y de la miseria que sufrimos, y en vista de la indiferencia de los que nos gobiernan, gran número de entre nosotros hemos tomado la iniciativa de este *meeting*.

»¡Que ninguno falte á esta reunión pacífica para demostrar cumplidamente nuestro derecho á la existencia!

»Si nuestra *opulenta república* no puede ya proporcionarnos trabajo, »debe por lo ménos alimentar al creador de su riqueza y á su más firme »sosten, el obrero.»

LA COMISIÓN.

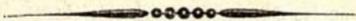
Ya sabemos el resultado de este programa.

La *opulenta república* ha desgarrado por mano de sus funcionarios, y nada suavemente por cierto, el memorial de agravios de los manifestantes. El *derecho á la existencia*, ó lo que es lo mismo, el derecho al pan, no ha sido reconocido, y por ahora *el creador de su riqueza y su sosten más firme*, el infeliz obrero tendrá que escoger entre estos dos términos inexorables del mismo problema; ó alimentarse á sí mismo ó resignarse á morir de hambre.

El Gobierno, sin embargo, no debe estar muy orgulloso de su victoria: es verdad que ha disuelto el motin, y hasta puede decirse que le ha vencido, pero es posible que sucumba ante el síntoma social que ese motin, aún despues de vencido, simboliza.

S. DE LINIERS.

Madrid 14 de Marzo de 1883.



El dia 3 de Marzo celebró la Unión Católica, una solemnísimá sesión para conmemorar el quinto aniversario de la coronacion de Leon XIII en el Palacio, y bajo la presidencia del Emmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Toledo.

Honramos las columnas de nuestra *Revista* con el discurso de nuestro venerable Prelado, y en el próximo número publicaremos el del señor Marqués del Vadillo.

Terminada la sesión se dirigió á Roma este telegrama:

—«Emmo. Cardenal Jacobini:

»La Unión Católica, reunida en el palacio de Su Eminencia el Cardenal Arzobispo de Toledo, celebra en sesión solemne el quinto aniversario de la coronacion de Su Santidad. Y en dia tan memorable felicita respetuosamente á Su Santidad y le ofrece el testimonio de su filial sumisión.

«EL CONDE DE ORGÁZ.»—

En contestacion á este despacho se recibió el siguiente telegrama:

—«Roma 6.—Conde Orgáz

«El Padre Santo, muy agradecido al homenaje filial de la Unión Católica, dá gracias y con toda la efusión de su corazon envia la bendición »Apostólica.—L. CARDENAL JACOBINI.»—

MISCELANEA.

DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL EMMO. SR. CARDENAL MORENO, EN LA SESION CON QUE LA UNIÓN CATÓLICA CELEBRÓ EL QUINTO ANIVERSARIO DE LA CORONACION DE LEÓN XIII.

SEÑORES:

Mucho y muy bueno se ha dicho esta tarde en honor del gran Pontífice León XIII, en esta brillantísima reunión, que dedica la Unión Católica de Madrid para celebrar el glorioso aniversario de su coronación.

Cinco años han transcurrido desde aquel día verdaderamente memorable, en el que como Cardenal de la Santa Iglesia Romana é individuo del Cónclave, asistí oficialmente en la Capilla Sixtina á esa solemnidad, que sin duda es la mayor de las solemnidades eclesiásticas. Allí en ese día ví colocar con el imponente ceremonial de costumbre, sobre la veneranda cabeza del nuevo Pontífice, la triple gloriosa diadema, propia de su sagrada y altísima dignidad.

No puede fácilmente expresarse las fuertes impresiones que en ese acto sintió mi alma, ni las dulces emociones que experimentó mi corazón.

A mi regreso de Roma tuve ocasión de manifestarlas del mejor modo que pude, primero en la parroquia de Santa María de la Almudena á mi entrada en Madrid y en la Juventud Católica pocos días despues en sesión extraordinaria que al efecto tuvo lugar.

A pesar del tiempo transcurrido, las conservo muy vivas en mi alma y en mi corazón, pareciéndome que todavía estoy escuchando á un eminente Cardenal que, al publicarse la elección en el conclave, se dirigía á otro no menos respetable para decirle con entusiasmo: *Papam habemus*, y que este último, poseido de gozo, le respondía: *Optimum Papam habemus*, tenemos ya un gran Papa.

El éxito ha acreditado la certeza de este feliz augurio. Ahí están los tomos que van ya publicados de los *Actos pontificios de León XIII*; ahí están todas sus alocuciones, sus Encíclicas y demás documentos del divino magisterio de este eminente Pontífice: en todos ellos se admira cada día más y más su celo, su caridad, su profunda sabiduría y su exquisita discreción y prudencia. Es verdad que, en todo lo relativo á la Religión y al régimen espiritual de los fieles, no ha procurado nunca, en esos importantísimos documentos, tomar en consideración, ni mucho ménos acceder á las exigencias de la política humana, ni á los injustos deseos de algunos interesados que aspiraban á que el Papa se mostrase en ellos, inclinado á este ó al otro lado. Mas nuestro Pontífice, siempre se ha sostenido, en el ejercicio de su sublime ministerio, muy levantado sobre la tierra y muy superior á las pasiones del hombre é intereses mundanales.

En esto León XIII, lo mismo que todos sus augustos predecesores, no ha hecho más que imitar el noble ejemplo que, aún ántes de ser Papa, les dió el Apóstol San Pedro. Leemos en el Evangelio de San Mateo, que habiendo reunido el Salvador del mundo á los Apóstoles, despues de haber orado, como dice otro Evangelista, se dignó preguntarles: *¿Quem dicunt homines esse Filium hominis?* «¿quién dicen los hombres sea el Hijo del hombre?» Los Apóstoles se apresuran á referirle las vulgaridades que habian oido á los judíos. Unos le refieren que dicen que es el Bautista, otros que es Elías y otros que es Jeremías, y así cada uno le va contando

lo que habian oído al vulgo. Sólo uno, como observa San Ambrosio, calla, guarda profundo silencio, este es San Pedro. *Taceo ut non loquatur os meum opera hominum*; como se trataba de averiguar cuáles eran las opiniones, los dictámenes y juicios de los hombres, San Pedro no se ocupa ni se preocupa con los dichos y hechos de los hombres. «Callo para no ocupar mi lengua en referir ni hablar las cosas y obras de los hombres.»

Pero cuando el Salvador vuelve á preguntarle: *¿Vos autem quem me esse dicitis?* «¿Mas vosotros quién decís que soy yo?» Se dirige el Señor ahora á los Apóstoles como á personas más conocedoras de los misterios del reino de Dios, como á personas que habian visto más milagros que los demás, como á personas que estaban destinadas á extender y dilatar su nombre por todo el mundo, despues que estuviere más infamado, personas que por todo esto y por las relaciones especiales que tenian con el Señor, no podian considerarse como meros hombres, sino más bien como afirman San Jerónimo, los Santos y los Apóstoles, *non homines sed dii appellantur*, deben llamarse hombres celestiales, de Dios, divinos. Por esto sin duda, San Pedro se creyó precisado á contestar, á pesar de no haber recibido todavía la promesa é investidura de Primado, pero que por efecto de una especial revelación de Dios, obtenida tal vez por la oración prévia de Jesús, como asegura algun expositor, se encontraba en estado de poder responder en nombre de los demás que ignoraban lo que habian de decir.

Con prontitud, sin vacilaciones, con entera seguridad, contesta Pedro á la inefable pregunta del Salvador: «Tú eres Cristo, Hijo de Dios vivo;» y en tan cortas palabras, redacta, formula y publica, ese que algunos teólogos llaman Cánón dogmático del primer Sínodo ó Concilio de la Iglesia. Por medio de esta admirable respuesta San Pedro enseña todo lo que es Jesucristo, Hombre, Dios, Rey, Profeta y Sacerdote. Al confesar que es Hijo de Dios vivo, nos enseñó la existencia del eterno Padre; al confesar que es Hombre, nos manifiesta que es Hijo de la Virgen Maria que lo concibió por obra y gracia del Espíritu Santo, y así, al propio tiempo que confiesa la divinidad de Jesucristo, reconoce y declara el augusto Misterio de la Santísima Trinidad, y finalmente, al decirnos que es Hijo de Dios vivo, nos enseña que es Hijo natural del Padre, pues los adoptivos, que tambien somos hijos de Dios, lo somos por Dios muerto. ¿Puede darse más sublimidad en la respuesta? ¡Oh! por medio de ella se compensó abundantemente el discreto y prudente silencio que observó en la primera pregunta. Contesta de un modo tan cumplido, exacto y asombroso á la segunda, porque ya no se trata, ni de los hombres, ni de la tierra, ni de sus opiniones, juicios, partidos ó divisiones. Por eso el Salvador exclamó: «Bienaventurado Simon, hijo de Juan, porque ni la carne, ni la sangre te lo han revelado, sino el Padre Celestial.»

Igual é inefable bendición alcanza á los Papas que, como siempre lo hacen, sobreponiéndose en todo lo relativo á Dios, sus dogmas, su moral, y elevándose sobre todo lo terreno y humano y desentendiéndose en todas las materias religiosas de los juicios, opiniones, dictámenes y apreciaciones de los hombres, por respetables que sean, se limitan, en el ejercicio de su elevadísimo ministerio y en todo lo concerniente al régimen espiritual de los fieles, sin contemplaciones ni respetos humanos, á enseñar la verdad, y por medio de ésta salvar al hombre, á la familia y á la sociedad que, sin el poderoso auxilio que le presta el Supremo Pontificado católico, parece hallarse en visperas de perecer.

Deber, pues, de todo católico, y que yo, más bien que como presidente de la Unión Católica, como Prelado vuestro, recuerdo á todos, presentes y ausentes; deber repito, de todo católico, es obedecer con pun-

tualidad y exactitud las letras apostólicas. Mirad, señores, que el separarnos en materias religiosas ó de conveniencia para la Iglesia de lo que, aun á veces como Doctor privado enseña, quieró desea el Romano Pontífice, suele ser por punto general motivo de perturbación, de divisiones y de cismas que ocasionan males deplorables en el pueblo cristiano.

Leed, señores, una y otra vez la notabilísima Encíclica *Cum multa*, que es la última que el gran León XIII se ha dignado dirigir á los Obispos de España. Con la más profunda veneración la recibí, la he leído, y poseído del mayor respeto, que debemos al Papa, no sólo por su altísima dignidad, sino tambien por su reconocida sabiduría y extraordinaria caridad, creí conveniente publicarla en mi Diócesis y darla á conocer á los fieles de la misma sin comentario, exposición ni aditamento alguno. Tened todos muy presente ese y demás documentos pontificios del gran Pontífice, cuya coronación celebramos.

Leedlos una, otra y más veces, ciertos de que al cumplir con este deber, encontrareis para vuestra vida norma segura de conducta y reglas de bien obrar.

TRADUCCION DEL MENSAJE LATINO

QUE EL EPISCOPADO ESPAÑOL HA DIRIGIDO Á SU SANTIDAD LEÓN XIII
CON MOTIVO DE LA NOTABILÍSIMA ENCÍCLICA «CUM MULTA».

BEATÍSIMO PADRE.

— «Se han convertido en gozo nuestras pasadas tristezas al leer la Encíclica *Cum multa* dada por V. Santidad el día 8 del finado mes de Diciembre, pues teníamos recelos de que en el católico y nobilísimo Reino de España se alterara la cordial inteligencia que siempre coronó de glorias pacíficas al Episcopado. Tales recelos, propios sin duda de nuestras flaquezas más bien que de la indole, nada buena en verdad, de los acasos, han desaparecido por completo desde la hora en que intimamente unidos podemos enviar á nuestro venerado y amadísimo Padre el Vicario de Jesucristo en la tierra, un mensaje de gratitud y de plácemes por la honra señalada que nos ha dispensado dirigiéndose á sus hijos los Prelados de España para que confortados en palabra segura y benigna, puedan mantenerse y sostener al Clero y al pueblo fiel en los sentimientos de unidad y de completa obediencia.

»Y como la admirable instrucción haya llegado cual rocío sobre tierra sedienta, no queremos ni podríamos comentarla en mejor manera que suscribiendo por unanimidad un mensaje de pura y sencilla observancia á la Voz del Supremo Jerarca de Quien hemos recibido el encargo de regir y apacentar la porción de grey que respectivamente gobernamos. Uno como es el Episcopado, de nosotros parte regional del católico redil, pide hoy la razón de oficio una confesión, una protesta y un voto de constante docilidad. Confesamos, pues, Beatísimo Padre, que sois nuestro Doctor, nuestra guía y nuestro sostén. Protestamos á V. Santidad que nuestra sumisión es ingénuo y perfecta, y prometemos al presente en garantía de una sumisión sin reserva, que no haremos ni diremos cosa ninguna en disonancia de lo que benigna y magistralmente nos habeis enseñado y prescrito. Y siendo así que el mundo católico aplaude la dulcísima Dignidad con que hemos sido adoctrinados por El que confirma á sus hermanos queremos significar á presencia del cielo y de la tierra, y para edificación del pueblo cristiano, que estamos unidos en espíritu y en verdad á Nuestro Jefe Supremo, y lo estamos entre nosotros mismos para nunca disentir en las cosas que Vos, Vicario de Jesucristo en la tierra, nos ordenáreis cumplir. Pues cuando habláis, aprendemos; cuando aconsejáis, asentimos; y cuando mandáis, nos sometemos á Vos con la mejor

voluntad. Y, como deseaba el Apóstol, conviniendo en todo, conservamos lo que recibimos, enseñamos lo que aprendimos. *Causa*, pues, *fnita est. ¡Utinam fniantur contentiones!* A desear esto nos obliga la caridad, porque en doctrina de San Agustín: Donde no hay caridad no puede haber justicia, porque el amor del prógimo no causa males, y si lo tuvieran, los cismáticos, no desgarrarían el cuerpo de Cristo que es la Iglesia.

»Piden sumisos á Vuestra Santidad la bendición apostólica sus humildes hijos y siervos los Prelados españoles.

»En la fiesta de la Epifanía del Señor.—1883.

»BEATÍSIMO PADRE:

»Provincia de Toledo. ✠ Juan Ignacio, Cardenal Moreno, Arzobispo de Toledo.—✠ Fray Pedro, Obispo de Coria.—✠ Pedro, Obispo de Plasencia.—✠ Juan María, Obispo de Cuenca.—✠ Antonio, Obispo de Sigüenza.

»Además de los Obispos de esta provincia han firmado:—✠ José, Patriarca de las Indias.—✠ José María, Obispo de Dora, Prior de las cuatro Ordenes Militares.

»Provincia de Zaragoza. ✠ Francisco de Paula, Cardenal Benavides, Arzobispo de Zaragoza.—✠ Cosme, Obispo de Tarazona.—✠ Ramón, Obispo de Jaca.—✠ Honorio, Obispo de Huesca.—✠ José, Obispo de Pamplona.—✠ Antonio, Obispo de Ternel y Administrador Apostólico de Albarracín.—✠ Juan Antonio de Pineereus, Vicario Capitular de Barbastro.

»Provincia de Santiago. ✠ Miguel, Cardenal Payá, Arzobispo de Santiago.—✠ José, Obispo de Lugo.—✠ Cesáreo, Obispo de Orense.—✠ José Manuel, Obispo de Mondoñedo.—✠ Sebastian, Obispo de Oviedo.—✠ Fernando, Obispo de Tuy.

»Provincia de Granada. ✠ Bienvenido, Arzobispo de Granada.—✠ Diego M., Obispo de Cartagena.—✠ José María, Obispo de Almería.—✠ Fray Vicente, Obispo de Guadix.—✠ Manuel, Obispo de Málaga.—✠ Manuel María, Obispo de Jaén.

»Provincia de Valencia. ✠ Antolin, Arzobispo de Valencia.—✠ Mateo, Obispo de Mallorca.—✠ Manuel, Obispo de Menorca.—✠ Francisco, Obispo de Segorbe.—✠ Victoriano, Obispo de Orihuela.—El gobernador eclesiástico de Ibiza.

»Provincia de Tarragona. ✠ Benito, Arzobispo de Tarragona.—✠ José María, Obispo de Barcelona. ✠ Tomás, Obispo de Lérida.—✠ Tomás, Obispo de Geron.—✠ Francisco, Obispo de Tortosa.—✠ Salvador, Obispo de Urgel.—✠ José, Obispo de Vich.—✠ Ramón Casals, Vicario Capitular de Solsona.

»Provincia de Valladolid. ✠ Benito, Arzobispo de Valladolid.—✠ Mariano, Obispo de Astorga.—✠ Narciso, Obispo de Salamanca y Administrador Apostólico de Ciudad Rodrigo.—✠ Antonio, Obispo de Segovia.—✠ Ciriaco, Obispo de Avila.—✠ Tomás, Obispo de Zamora.

»Provincia de Sevilla, Sede Arzobispal vacante. ✠ Fernando, Obispo de Badajoz.—✠ Fray Ceferino, Obispo de Córdoba.—✠ José, Obispo de Canarias.—✠ Jaime, Obispo de Cádiz y Administrador Apostólico de la Diócesis de Ceuta.—✠ Jacinto, Obispo de Tenerife.—✠ Ramón Mauri, Vicario Capitular de Sevilla.

»Provincia de Búrgos, Sede Arzobispal vacante. ✠ Juan, Obispo de Palencia.—✠ Saturnino, Obispo de León.—✠ Vicente, Obispo de Santander.—✠ Mariano, Obispo de Vitoria.—✠ Francisco Berrueta, Vicario Capitular de Búrgos, Miguel Aldaba, Vicario Capitular de Calahorra.

Con el número de hoy repartimos á nuestros suscritores, el prólogo, que para la terminada obra de Raimundo Lulio Blanquerna, ha escrito el Sr. Menendez Pelayo.